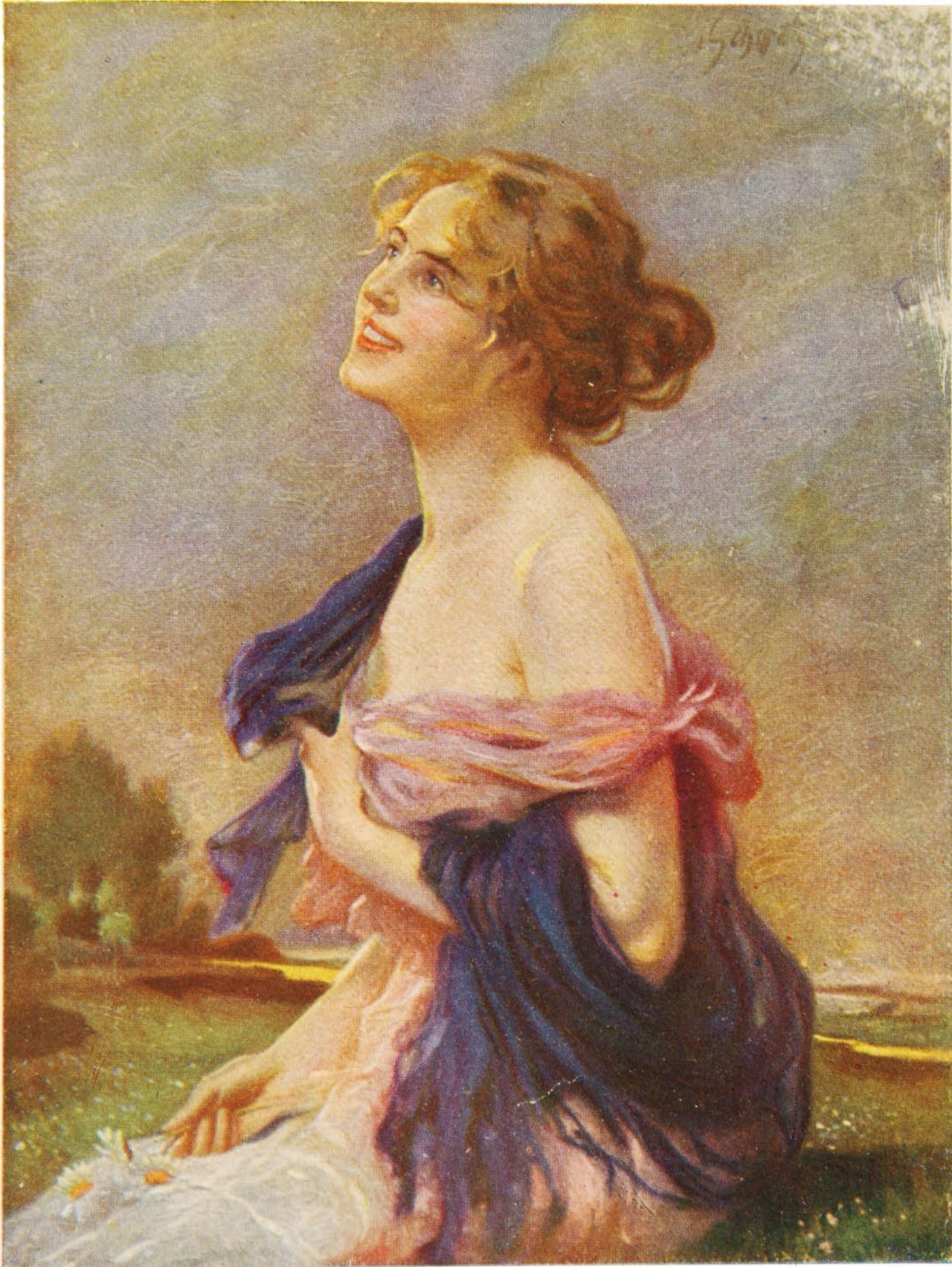


# ESTUDIO

Juan Sasto



ILUSION, por A. Schmidt

NOVIEMBRE DE 1929

50 céntimos

# Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

## Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 25 por 100 de descuento



**Embriología**, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos deberían conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendada la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de *Shum* a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

**El veneno malito**, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.

**Libertad sexual de las mujeres**, por Julio R. Barcos.—No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica, que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos. He aquí algunos de los muchos comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que Julio R. Barcos trata de las cuestiones del sexo, es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Bascos Ibáñez).—Precio, 5 pesetas.—(Agotado.)

**Los esclavos**, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

**La educación sexual y la diferenciación sexual**, por el Dr. Gregorio Marañón.—Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—(Agotado.)

**La filosofía de Ibsen**, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la transcendencia filosófica y social del mismo.—Precio, 0'25 ptas.

**La tragedia de la emancipación femenina**, por Emma Goldmann.—Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo.—Precio, 0'20 pesetas.

**Estudios sobre el amor**, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.*—*El delito de Besar.*—*La reconquista del derecho de amar.*—Es éste un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

**¿Maravilloso el instinto de los insectos?**—Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Loru-lot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski.—Precio, 0'30 ptas.

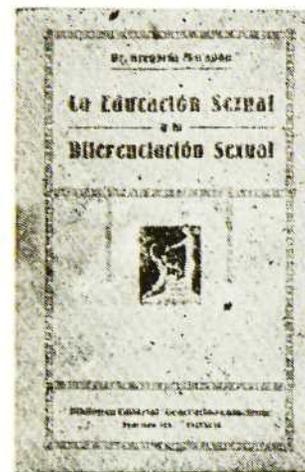
**El A. B. C. de la Puericultura Moderna**, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

**Maternología y Puericultura**, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.—Precio, 0'25 ptas.

**Amor y matrimonio**, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que debieran leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.

**La muñeca**, por F. Caro Crespo.—Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.

**La virginidad estancada**, por Hope Clare.—Una mujer que expone al mundo su corazón, lacerado por la incomprensión y el fanatismo de los hombres; tal es el hermoso librito, pequeño en volumen, pero grande por las verdades que encierra.—Precio, 0'25 ptas.



## CULTURA Y ACCIÓN

Hay personas que poseen una feliz aptitud para la ciencia, el arte, la literatura, y que, por carecer de cultura, permanece en ellas tal aptitud como adormecida, sin posibilidad de exteriorización en obras. El hombre que no nutre constantemente su espíritu con la lectura de obras selectas y con el estudio atento de la vida no puede llamarse, propiamente hablando, culto. No basta haber frecuentado la escuela, el instituto y la universidad. La escuela da el impulso inicial, el instituto lo robustece y la universidad especializa, en una dirección determinada, según la vocación, al individuo. Si después de haber frecuentado esas instituciones nos detenemos en el camino, ¿qué ocurrirá? Que los conocimientos que en ellas adquirimos se esfumarán, sin dejar apenas huella en nosotros, al cabo de unos cuantos años.

Son muchos los que saben leer y escribir. Pero ¿de qué les sirve, si no hacen uso de esos instrumentos de cultura? ¿Qué diferencia hay entre el analfabeto y el que sabiendo leer y escribir nunca lee ni escribe? Casi ninguna. ¿Qué eficacia pueden tener los estudios hechos en una universidad en el estudiante que, una vez obtenido el título, interrumpe, acaso definitivamente, el proceso de su cultura, dando por *terminada* su carrera, cuando la verdadera carrera, en el orden del conocimiento, no acaba nunca, y por consiguiente debe proseguirse, con mayor intensidad, al salir de la aulas?

El fin de los centros de cultura es el de preparar al alumno, poniéndole en condiciones de que, al emanciparse de la función pedagógica de sus profesores, pueda aplicar, en la vida, los conocimientos que en dichos centros

adquirió. ¿Para qué servirían, si no, esos centros?

Los conocimientos adquiridos no podrán ni sabrán aplicarse si después de la labor de los citados centros no continúa con mayor acento una labor predominantemente personal. Sin esfuerzo propio no hay cultura sólida. Sin continuidad en el esfuerzo tampoco. Para asimilar las ideas es necesario antes digerirlas. Y para digerirlas, precisa contrastarlas y someterlas previamente a una viva discusión interior. Las nuevas ideas no se transforman en sustancia propia ni se incorporan a nuestro ideario si no se las somete a una meditación laboriosa. Cada hombre posee un ritmo y una fisonomía espiritual peculiares, según los cuales transmuta las ideas que recibe, si, no limitándose a ser un receptor pasivo, reacciona activamente ante ellas. Los receptores pasivos devuelven las ideas tal como las reciben. Las vomitan por no haberlas podido digerir.

El modo particular con que cada uno, según su perfil psicológico, va transformando, articulando y ampliando sus concepciones de mayor o menor radio, según las perspectivas y el vuelo de su espíritu, es lo que constituye su originalidad y lo que marca en sus obras, y en todo cuanto hace, dice y piensa, el cuño de su personalidad.

La originalidad que un hombre lleva en sí no encarnará en obras sazonadas y serias sin esa formación lenta y continuada, sin ese enriquecimiento incesante de su mente, sin ese desarrollo ulterior y fecundo de la obra cultural comenzada en los centros docentes. Las enseñanzas de los maestros se han de completar y

vivificar con las que uno adquiriera por sí mismo, por vía autodidáctica. Sin esta condición, esas enseñanzas no darán sus frutos.

Se ha dicho, muy acertadamente, que el hábito es una segunda naturaleza. Todo el quid, o esencia, de una excelente cultura estriba en la creación de buenos hábitos. Con el ejercicio repetido de la mente se forman hábitos de pensamiento. El que está habituado a pensar no acepta las ideas así porque sí, sino después de un análisis y contrastación rigurosos.

La cultura que no se traduce en acción es una cultura superficial, postiza, de puro artificio. Esta cultura epidérmica es la de esos hombres que hoy dicen una cosa y mañana hacen lo contrario de lo que ayer dijeron, y la de esos escritores que con facilidad y celeridad inconcebibles cambian de ideas como el camaleón de color. También existen hombres que osten-

tan, cual un museo arqueológico, un ideario petrificado, por haberse paralizado en ellos el trabajo de elaboración mental. La vida del pensamiento, como la vida en general, no es vida si no se renueva constantemente, por carecer de suficiente dinamismo.

La acción debe seguir a la cultura como la sombra al cuerpo. Si se cultiva la inteligencia es para que actúe. Si se cultivan y educan los sentimientos morales es para mejorar la conducta del hombre. Debemos tender a que haya unidad, compenetración íntima, entre la cultura y la acción. Cuando en un hombre se da esta armonía, entonces sus ideas y creencias son algo vivo, porque se determinan, se concretan en actos. Las creencias, por el contrario, que no influyen, que no se traducen en actos, son creencias muertas.

LUIS FERRIZ GARCIA



## El pensar y el sentir



Con este mismo título escribí, en el núm. 73 de ESTUDIOS, sobre la oposición existente entre la trascendencia social de pensamientos y sentimientos. Me quería referir especialmente a la influencia que sobre la evolución ideológica de la humanidad tienen, de modo distinto, la manera de pensar y de sentir. Sin duda no estuve muy afortunado en la exposición del tema, ya que el camarada NOY se ha creído en el deber de replicar, y ha sacado deducciones muy distintas a las que tuve propósito de despertar. Su réplica me viene de lo lindo para precisar mejor, o aclarar más, lo que quise decir.

Ya dije que ambas manifestaciones del espíritu estaban estrechamente unidas, que eran solidarias e interdependientes; tanto, que su estudio por separado obliga a deformarlas. No sabemos si se siente de este modo porque se tienen tales ideas, o, si al revés, se tienen tales ideas porque se siente de esta forma. Yo me inclino a aceptar como más verdadero el segundo postulado. El modo de sentir, nuestra mayor o menor sensibilidad para lo humano,

es lo que nos empuja a aceptar determinados ideales. O dicho de otro modo, para que aceptemos un ideario, no basta que la razón nos lo presente como verdadero, que el pensamiento nos lo muestre con la máxima exactitud, sino que es menester que el sentimiento nos lo encarrecia como un deber. Las religiones, se ha dicho y demostrado, no se destruyen con razonamientos. Tampoco se edifican con ellos. Las arraiga el sentimiento, y es el sentimiento también quien las destruye.

La idea es fruto de una elaboración mental, de un juicio, de un raciocinio. El ideal es la idea aceptada lógicamente, concebida como verdad redentora, *sentida* como un bálsamo de las inquietudes y anhelos personales. Si no es sentido, es hipocresía o impostura. El sentimiento es la tonalidad afectiva que la idea produce en quien la elabora o en quien la asimila. Sensación es una cosa más elemental, que nada tiene que ver con el tema. El sentimiento es un estado emocional que nos embarga, a pesar nuestro, que cae fuera de los lindes de nuestra voluntad. Se modifica poco durante la vida, y

depende en gran manera de nuestro modo de ser constitucional. Podemos ensanchar el caudal de nuestras ideas apropiándonos las ajenas, mejorar nuestra ideación y modificar nuestros pensamientos, que están en evolución continua e incesante durante toda nuestra existencia. Pero el modo de sentir es una cosa innata, decisiva, fundamental, que varía sólo en la superficie, en la apariencia.

Yo quería hacer notar además, y por encima de estas diferencias, las que existen entre los individuos, en el modo de sentir los afectos humanos (solidaridad con el débil, compasión hacia el que sufre, odio contra el que oprime, etcétera), aun entre quienes profesan un mismo ideario, y la coincidencia en este sentimiento de fraternidad, entre individuos bastante alejados ideológicamente. Que no basta la razón para luchar contra las injusticias sociales. Es fácil que convenzáis a muchos de lo odioso de la desigualdad económica, pero ello no será suficiente a evitar que sigan tan tranquilos aprovechándose de ella, o viviendo como si no existiera. Lo que importa, al menos para nuestros fines, es que se *sienta* el horror de la injusticia, y en este fin, más eficaz que una razón, puede ser una lágrima.

Dije que más unían los sentimientos que las ideas; que éstas abren entre los hombres abismos y separaciones desoladores, al par que los sentimientos llegan a reconciliar a los más rabiosos enemigos. Y añadido que cuando los hombres se han unido en alguna tarea valedera, ha sido el sentimiento, la pasión, quien los ha juntado, acallando las discordias. Los hombres pueden ponerse más fácilmente de acuerdo si atienden a sus sentimientos, que si hacen hincapié en sus razones.

No negaré que las ideas cultivan el sentimiento, lo renuevan, lo fomentan, lo airean, lo libran del enmohecimiento. Ni tampoco puedo negar la necesidad que tiene el sentimiento de actividad mental. Ambos necesitan equilibrarse, compensarse. Y, sin embargo, un zafio, sin ilustración y sin cultura, puede tener mejor corazón que un intelectual hastiado de saber. Distingamos, pues, ideas de ideales, como hemos distinguido sensación de sentimiento.

Un bondadoso de corazón, sensible al dolor humano en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, se interesa, aunque no tenga ideal,

más que cualquier idealista con sensibilidad encallecida para las desgracias del prójimo.

Mi fórmula de concordia es ésta: Aumentar el saber, cultivando el sentir. No es idealista quien está percatado de la doctrina y sabe exponerla limpiamente, que eso lo hace cualquier charlatán, sino quien sabe sentirla.

Por lo demás, no me propongo demostrar nada. Me parece percibir la ironía de HAN RYNER, y le escucho decir estas palabras: "Cuando alguno cree demostrar, no le dejo ver que sonrío. Cuando alguno quiere demostrar, no le dejo ver que desconfío de él..."

ISAAC PUENTE



## Tarjetas Postales de "Estudios"

La publicación de estas postales-retratos obedece a un noble propósito de difundir y estimular el amor al estudio, y no de contribuir a ninguna clase de idolatría. Queremos simplemente que ante los hombres que más se han destacado, por su labor útil y fecunda, en la evolución del pensamiento humano, cada cual sienta el deseo de conocer su vida y estudiar su obra.

Cada serie, compuesta de 12 tarjetas, la integran: un filósofo, un poeta, un pintor, un revolucionario, un escultor, un músico, un inventor, un precursor, un descubridor, un gran novelista, un escritor y un pedagogo.

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I.—*Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoyewski, Larra y Pestalozzi.*

SERIE II.—*Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Ríos.*

SERIE III.—*Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lasalle, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chejov y Ellen Key.*

SERIE IV.—*Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Ganivet y Clapérede.*

SERIE V.—*Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.*

SERIE VI.—*Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pisacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.*

SERIE VII.—*Lope de Vega, Tiziano, Ludmila Pitoeff, Stravinski, Descartes, Justus Liebig, Harvey, Romain Rolland, Darwin, Miguel Servet, Desmoulins y Andreiev.*

SERIE VIII.—*Bécquer, Rubens, Alberto Durero, Chopin, Raimundo Lullio, Raspail, Galvani, Ch. Louis Philippe, Mendel, Luis Blanc, Theroigne de Mericourt y Stendhal.*

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 ptas.

No se venden tarjetas sueltas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 25 por 100 de descuento.


**Autores y Libros**


## **Elías Castelnuevo**

Se han publicado en un volumen tres obras dramáticas de Castelnuevo. Sus lectores estamos de enhorabuena. Aunque siempre esperamos de él sorpresas, ésta ha superado todas nuestras esperanzas. Es un libro colmado, desbordante. Con él circula por el mundo un nuevo tesoro de emoción.

No haya cuidado de que suscite muchos comentarios. Mejor. Cuando cualquier novela mediocre suele merecer loas y ditirambos, la obra valiosa gana con pasar inadvertida de los más. El manoseo multitudinoso empañaría su limpidez.

Las trágicas criaturas de Castelnuevo, tanto las de sus relatos anteriores como las de estos dramas de ahora, tienen, por encima de todo, una virtud señalada: no ser insignificantes. Rotas, maltrechas, hundidas, frustradas, sí; pero no insignificantes. Padecen todos los males, mas su creador las ha salvado de éste, que es el peor, y el único que no tiene remedio. Por eso no ha caído sobre ellas el melodrama, sino la tragedia.

Toda persona insignificante posee, latente, en su ser íntimo, un melodrama. Sólo los hombres que significan algo son poseedores de elementos dramáticos. Cuando la significación es mayor, y más rica, por lo tanto, la vida íntima, entonces, únicamente entonces, esos elementos tienen categoría para la tragedia.

Nada importa que no se llegue a vivir este tesoro escondido de la sensibilidad. O aquella escoria del melodrama. Con frecuencia se desarrolla pacíficamente una vida llena de posibilidades dramáticas: las guarda intactas, como si no las poseyera, porque no ha surgido en su camino el conflicto propicio, la ocasión oportuna para que tome forma potente y admirable el dramatismo íntimo, oculto como una piedra preciosa.

Otras veces sí surge el drama. ¡Magnífico espectáculo!

Pero no siempre en la vida corresponde a cada uno el papel para que tiene aptitud y disposición relevantes. De todos modos, si en la apacibilidad de una vida insignificante estalla una tragedia, la falta de capacidad de aquel a quien el destino favorece de tan señalada manera; su falta de comprensión para papel de tan alta categoría, dará lugar a que se transforme, lo que es grande en sí mismo, en algo mezquino y sin importancia. Es decir, el hombre insignificante convertirá la tragedia en melodrama; una cosa excelsa en sus manos quedará reducida hasta el extremo de ser ridícula y repugnante. Y al contrario: si un hombre nacido para el drama o la tragedia es sorprendido por un acontecimiento melodramático, en el cual se ve envuelto como personaje obligado, por virtud de su vida íntima, rica en matices, llena de posibilidades dramáticas, densa en cualidades de tragedia, transformará su papel insignificante y lo elevará hasta darle categoría, valor e importancia, de acuerdo con sus condiciones propias y predominantes.

En efecto; el hombre insignificante, además de tener en sí, por su falta de personalidad, un melodrama latente, si alguna vez, en el curso de su vida, es sorprendido por un drama o una tragedia, debido a su insignificancia, los rebajará hasta la ridiculez del melodrama, que es para lo único que tiene disposición y carácter. En cambio, el hombre de rica vida interior, por esta misma riqueza, tornará en tragedias admirables hasta los insignificantes melodramas que surjan y le asalten mientras dure su existencia.

Las grandes obras de ficción—espejos de la vida que transfiguran la vida—prescinden del hombre insignificante, que torna melodramas todos los sucesos que le acaecen, y se meten en la entraña del ser en quien todo suceso adquiere intensidad dramática.

Castelnuevo se encuentra aquí en terreno propio. En el género que cultiva, ningún autor

contemporáneo puede ser su par. Su originalidad es rotunda, plena, total. Los seres que ha traído a la vida perdurable del arte—antes en sus relatos, ahora en sus dramas—, son de su exclusiva pertenencia. Nadie los toque. Hundidos, la tragedia que los aniquila los salva. Frustrados, el drama en que perecen los engrandece. Su dolor, que los mata, les infunde una vida para siempre; los coloca al lado de todos los que viven, con vida perduradera, no sólo en las páginas de los libros, sino junto a nosotros, desde los más remotos tiempos. Al lado de Don Quijote, que es un ser más real que cualquier criatura insignificante; al lado de Hamlet, que vive más verdaderamente entre nosotros que todos los seres insignificantes.

No son muchos los autores que han llegado a penetrar en lo íntimo de las criaturas que describen o crean. La mayor parte, hasta a los personajes de rica vida interior, de psicología compleja y henchida de matices, de sensibilidad delicada, de fuerte dramatismo, fuentes vivas de las cosas más importantes que hay en el mundo, los transforman en protagonistas de melodrama. Tropezan en la vida con un hombre entero y verdadero. Vislumbran todas las posibilidades que hay en él. Tratan de encerrarlo en las páginas de una obra, novela o drama. Pero a medida que avanzan en su descripción, aquel hombre empieza a desaparecer; al fin, se pierde, como si sólo fuese una sombra. Han dispuesto de buen material para una vida. Se ha deshecho en sus manos. Esto, cuando describen. Cuando crean, sucede algo peor. Los hombres son sombras desde el principio de la obra, y no adquieren, en todo su curso, otra categoría. La vida, en el primer caso, se les escapa. El arte, en el segundo, no logra llevar a cumplida creación lo imaginado. En ambos, ni un drama auténtico, ni una tragedia magnífica y soberana. Todo queda en melodrama.

En Castelnuovo, como en todos los escritores verdaderamente grandes, ocurre lo contrario. Las criaturas de sus libros adquieren, a medida que se avanza en la lectura, más y más relieve, hasta que perecen en la tragedia a que el autor las conduce desde el principio: sean seres con los que ha tropezado en la calle, sean figuras nacidas en su intimidad.

En cuanto a la técnica de estas obras teatrales, es la misma, superada, en lo que esto es

posible, de sus relatos anteriores. Castelnuovo, como todos los artistas auténticos, olvida lo que sabe para acercarse a la Naturaleza como un niño: manera segura de crear algo nuevo, desacostumbrado, original.

Los niños son los que tropiezan, a su alrededor, con más dificultades; también son los que mejor las resuelven. Leed detenidamente cualquiera de las obras de Castelnuovo. Pocas veces habrá ocasión de saborear algo tan sencillo. Pero a poco que ahondéis en lo que se esconde debajo de esta sencillez magnífica, descubriréis un tropel de dificultades vencidas.

Descubriréis, además, otra cosa importantísima: que la mayor parte de estas dificultades han sido buscadas expresamente para tener después el placer de vencerlas. Placer que está reservado para muy pocos.

Este es, quizá, el valor más alto del arte de Castelnuovo. Semejante afán de amontonar dificultades, para trabajar luego en eliminarlas, en salir triunfante de ellas, y para ofrecer, como fruto de la victoria, una obra de plena sencillez, revela un temperamento de artista verdadero, de creador.

Esta sencillez, lograda con el vencimiento de muchedumbre de dificultades, conseguida tras tensos esfuerzos, da a sus obras el sabor inconfundible que tienen. No se parecen a ninguna otra. Están en el plano de las de rango más subido, pero aparte, señeras, con un sello peculiar y propio. Y da la medida de su logro total, absoluto, el hecho de que no se noten, aparentemente, los esfuerzos de que han nacido.

Castelnuovo se ha acercado a la Naturaleza como un niño, y ha jugado con ella: eso es todo. Pero ha puesto en el juego su alma, su alma de hombre atormentado por todos los dolores de los demás. El fruto del juego tiene la apariencia primorosa y pura de todos los frutos. Y su sencillez. Mas se ha conseguido saltando vallas cada vez más altas, y no siempre sin heridas.

DIONYSIOS

## Interesa a todo hombre estudioso

hacerse suscriptor de esta Revista, porque a pocos libros que adquiera le resultará la suscripción gratis.

Vea los descuentos con que favorecemos a nuestros corresponsales y suscriptores, en otra parte de este mismo número.


**Carta de América**

(fin)


**Una crítica de la Teosofía**

Todas las filosofías aspiran a hacer feliz al hombre, pero ninguna pone fin a la cohorte de males artificiales o sociales que él mismo crea y le postran durante su corta y atormentada vida. Uno de los mayores obstáculos que se oponen a su consecución es quizás la manía espiritualista de los que *tocados de gracia*—o de fuerzas desconocidas—afirman que la redención humana no es cosa posible en este mundo. Si bien es verdad que todas las luchas materiales no han bastado para arribar a la cima del bienestar social—en donde los intereses vitales deberían equilibrarse—, no es menos verdad que las diversas teorías espiritualistas no han ellas tampoco solucionado el soluble problema. En presencia de semejante esterilidad de las morales religiosas, quedamos por descubrir una moral simple que nos explique el pandemónium donde entrechócanse las más nobles aspiraciones humanas.

¿Por qué pervertir viciosamente el disfrute material, cuando, normal, él engendra la tranquilidad de la conciencia? ¿Qué necesidad hay de extraviarse en las abstracciones metafísicas para descubrir la respuesta que fluye luminosa de la experiencia de la vida social? El origen del antagonismo de intereses, en la sociedad actual, es la astucia natural del ser humano, que pónela en juego para rehuir los esfuerzos demasiado constantes y obtener—para recrearse y holgazanear—la sumisión de los menos astutos, de los más dóciles, de los menos aptos a las meditaciones del espíritu, es decir, de los más fecundos en materia de producción de cosas útiles a la vida y también de las superfluas.

La superchería y el temor han engendrado la malignidad social, hecha evidente por el mantenimiento de privilegios inicuos, en detrimento de los apacibles rebaños productores de la riqueza, de masas que pacientemente soportan ser privadas de lo que les estafan los que erígense en sus mentores y amos.

Desde que la inteligencia iluminó la vida del hombre, éste separóse de la aparente armonía de la Naturaleza; por otra parte, falto de experiencia y temiendo lo desconocido, su imaginación—para explicar los fenómenos naturales que no sabía aún dominar—forjó dioses y espíritus del bien y del mal. Es así como poco a poco llegaron a crearse y a desarrollarse leyendas, mitos religiosos, supersticiones, que el sacerdocio más tarde debía codificar bajo la forma de *libros sagrados* que habían de ir en su propio provecho sectario. Nosotros acusamos, pues, a la moral religiosa de haber sido la primera en causar e instituir la esclavitud de los titulados *inferiores sociales*, de disimularle su condición, de haberles, en fin, expoliado del trabajo productivo que embellece la vida.

Si la idea religiosa no nació al mismo tiempo que las ideas de dominación y de lucro, no es menos verdad que ella se unió perfectamente a éstas para emprender y proseguir la devastación de la humanidad. De ahí proviene que todas las artificiosas organizaciones de las sociedades humanas, del temor hacen la piedra angular de su sostén y de su conservación. El temor es el freno separador de las castas y clases sociales, porque el hombre—cuando se aísla de las sugerencias colectivas—teme el criticar, y aun más de atacar, si no de insinuar que los poderes constituídos, las instituciones que le avasallan y las mentiras convencionales entre las que se debate no son más que motivos o pretextos destinados a que se eternice un estado de cosas económico basado sobre la violencia organizada, sobre el privilegio absurdo en sí, sobre la explotación, protegida por las leyes y bendecida por la denominada pomposamente civilización.

Los teósofos responderán a todo esto que cada uno debe sufrir el *karma* fatal de su vida. ¡Qué sarcasmo o qué candidez hablarnos de

planos astrales, cuando en el plan material no han sido resueltos, para todos, los problemas esenciales como el del pan, el del abrigo, el de la educación científica! Afirmer que las existencias sucesivas, según la transmigración de las almas, son grados de perfección hacia la esencia divina, es incitar la sumisión a los males terrestres, gracias a la ilusión de una compensación ultraplanetaria. De toda evidencia, semejante fatalismo es contrario a la lucha por la mejoración moral y material de la sociedad. Los que habiendo pasado por los diferentes grados de iniciación han profundizado el misterio, y de este hecho están en situación de ser los instructores del rebaño humano, nos afirmarán en vano que "la Teosofía tiene como lema la fraternidad universal, y reconoce que no existe religión superior a la Verdad". Toda moral, sea religiosa, sea social, tiene por base el fraternismo teórico; pero en la práctica sus adeptos conservan sus diferenciaciones de clase. Es así que en una logia teosófica son hermanos espirituales el militar, el capitalista, el sacerdote y el desdichado obrero que los sufre pacientemente en la sociedad antifraternal. El espíritu analítico libertario no puede por menos que levantarse contra el misticismo autoritario y contra la autoridad contundente que siempre ha torturado los buenos instintos de la vida. Los teósofos veneran los grandes instructores que han ejercido un apostolado entre los hombres.

\*  
\* \* \*

El escepticismo no puede abstenerse de sonreír en presencia de los *iluminados*, porque al cabo de todas las sinuosidades mentales el hombre aparece, con sus vicios o sus virtudes, simulados o reales, sujeto, como los otros, al determinismo de los hechos comunes. Las jerarquías del hermetismo no tienen nada que ver con los instintos y las necesidades vitales del género humano. ¿Que hay superiores planos de conocimiento, que existen fuerzas aun no bien definidas, que el espíritu no muere con la desagregación de la materia? ¡Hipótesis plausibles, conjeturas maravillosas, cuando exprésanse en términos científicos, pero sospechosas cuando se trata de religión, de ocultismo, de Teosofía...! La palabra *díos*, aun considerándola como símbolo, debe ser desechada del análisis

experimental. Este vocablo lleva en su seno los errores y los horrores infinitos cometidos por el hombre para hacerle triunfar en la explicación fenomenal del Cosmos; es sobre este término que hase fundado el poder teocrático, la sumisión voluntaria de la rudimentaria conciencia de los pueblos y la sumisión forzada e hipócrita de la conciencia despierta y evolucionada de los rebeldes a las leyes divinas y humanas.

Nosotros rechazamos lo oculto, todo lo oculto, oponiéndole una más grande vulgarización de la ciencia experimental; sin incurrir en fanatismo, diremos: desconfiamos, a título de pura precaución, de los que sugestionados o convencidos se sitúan en los rangos de la Teosofía. ¿Quién sabe si ésta no tiene otro fin que continuar la tradición del yugo espiritualista, la obediencia a pretendidas fuerzas ocultas, que hacen más manejable al hombre, más conforme a lo que quieren sea los que pretenden dirigirle en la vida terrestre? Admitamos que hay mucho por descubrir, que existen horizontes lejanos, maravillas inimaginadas; para llegar a su conocimiento, el método científico se bastará él solo, y sólo él tendrá un valor efectivo, ya que elabora a la luz del sol y rechaza la oscuridad. Que nuestros sentidos corporales sean débiles para percibir ciertas sutilidades, nada más cierto; pero el genio fecundo inventa aparatos que suplen los defectos o los límites de nuestra sensibilidad natural. La Ciencia no ha llegado al fin de sus realizaciones, porque ella es el rico patrimonio de la experiencia universal, y ella progresa paralelamente a la evolución natural del hombre. La Ciencia no crea sueños; pero en los diversos órdenes que se interna conquista verdades positivas y relativas explicando los fenómenos. La Ciencia no afirma una verdad absoluta; tiene la franqueza de reconocer sus errores a medida que los percibe.

La Teosofía persigue la químera de aliar la Ciencia a la Religión; pero de todos los tiempos ellas han sido los poderes fundamentalmente enemigos. La Religión es la revelación de los *elegidos*. La Ciencia es la experiencia en la que colabora la humanidad toda. Siendo la Religión cosa de sus sacerdotes y el producto de la fe de sus adeptos, mal puede cooperar a la concordia humana en compañía de la Cien-

cia, pues ésta pone a disposición de las voluntades estudiosas su inmenso laboratorio, con todos los materiales y observaciones adquiridas en el curso de su constante desenvolvimiento. Los teósofos dicen no ser exclusivistas; pero ellos mantienen el ocultismo, dividen lo común de los mortales en categorías y crean una nueva aristocracia del talento, la cual, para hablar a los fieles, sírvese de un lenguaje ambiguo, místico, enteramente religioso. Poseen una liturgia propia, enfática, y establecen grados de iniciación, por los cuales deben pasar cuantos deseen confundirse con la divinidad. ¡Qué pretensión...! Dar un valor exagerado a la sabiduría y clarividencia de algunos hombres es tan funesto como el mostrarse demasiado severo al respecto de sus debilidades, de sus errores, de sus vicios. Todo es relativo, y delante los altares de sea cual fuere al culto que sean dedicados, en lugar de doblar la rodilla y humillarse, el hombre libre de toda sugestión debe servirse del escepticismo para enfriar su entusiasmo, emplear una sabia ironía para analizar las reputaciones de ciertas *antorchas*, y aislar la entidad humana, despojada de atributos fantásticos, en toda su vanidad hueca, sometida a las miserables leyes de la biología y a la dura y despótica lucha por la vida.

Para que la salud del alma exista, es indispensable dar al cuerpo el bienestar que necesita. Mientras lo primordial no se realice y el progreso adquirido no sea empleado en perfeccionar el patrimonio univernal de la vida humana, es estéril hablar de metafísica superior, pues en este terreno hay abundancia de elementos para facilitar y embellecer la existencia de todos. Antes de portar consolaciones espirituales a los débiles mentales, haciéndoles creer en vidas sucesivas de compensación y de justicia divina, es urgente—para contrarrestar las tenebrosas fuerzas de la tiranía, real ésta—demostrar la imperiosa necesidad de que cada uno contribuya a la aniquilación de los privilegios, creadores éstos de la más injusta desigualdad entre los hombres—no en el vasto campo de la metafísica—sobre el plan de la realidad biológica.

He aquí de qué hay que convencer al hombre. Es de esta forma—sólo de esta forma—que es posible cimentar una sociedad verdaderamente fraternal y progresiva, en la que cada

individualidad servirá de partícula evolucionista, practicará la reciprocidad de derechos y deberes, en un conjunto armónico de trabajo útil racional y científico; de consumación, de educación, libres y eximidos de la explotación y del engaño.

Si esta base de entente no es aceptada, si continúan discurriendo sobre fraternidad espiritual y prosiguen manteniendo en el medio social la enemistad, gracias a las profesiones sociales antagónicas, a los viles oficios ejercidos para satisfacer la perversión y el lucro egoísta de determinadas clases parasitarias—debido asimismo a la violencia o a la astucia generadoras de la esclavitud—, no sobrepasaremos a la pura y estéril metafísica, que no es más que la actitud indiferente del plan social donde sitúanse las numerosas sectas religiosas, que colocan la felicidad más allá de este valle de lágrimas, concedido por la creación como un campo de permanente batalla. Este fatalismo místico contemplativo, es una momia antiquísima, de la que su imagen ya no puede servirnos para constituir una humanidad de músculos enérgicos y de espiritualidad equilibrada.

La conclusión es evidente: combatamos todas las oscuras reminiscencias religiosas y extendamos la ilimitada experiencia científica, pues sólo sobre este sólido terreno podrá edificarse la ciudad de la buena entente humana.

COSTA ISCAR

Traducido de *L' en deñors*, por F. Ocaña.

## ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION  
PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año  
(12 números) . . . . . 6'50  
Para los demás países: Un año (12 números) 3'00

Incluido el número *Almanaque de 1.º de año*.  
La suscripción puede empezarse en cualquier mes.

Número suelto, 50 céntimos

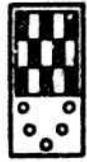
A corresponsales y libreros el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.  
Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjase al Administrador: J. Juan Pastor. — Apartado 158.—VALENCIA (España).



## Vulgarizaciones

# EL KILOGRÁMETRO



No responderían estas crónicas al título que las preside, si no se escribieran con la intención de que fueran comprendidas por todos sus lectores; pero como no ignoramos que ESTUDIOS es una revista leída no solamente por elementos preparados en el campo de las especulaciones científicas, sino que tiene una mayoría de lectores compuesta por obreros manuales, ávidos de saber y deseosos de explorar e investigar, sin más preparación que su buena voluntad, nos parece oportuno vulgarizar con más amplitud el sentido de ciertas frases que empleamos, para mejor comprensión. Hablaremos hoy del Kilográmetro, al que me he referido en mi trabajo anterior, titulado "Errores de la Ciencia".

El *Kilográmetro*, para muchos obreros de la industria y la mecánica, es una frase muy familiar y comprensible; para otros será un vocablo extraño, a pesar de que su composición salta a la vista: el *kilogramo* y el *metro* entran en ella, aunque nada dice a quien previamente no ha estudiado mecánica o no tiene conocimientos prácticos de la misma; para algunos serán dos palabras que se unen a fin de formar una sola palabra, y nada más. Un kilogramo y un metro empalmados caprichosamente en un vocablo; más bien parecerá tal palabra, a no pocos, un capricho extravagante y artificioso del sabio, que expresión de algo verdadero, útil e importante.

Y, sin embargo, esta palabra es toda la industria; por lo menos, es la unidad de cuantas industrias existen o puedan existir.

La definición, más o menos exacta, ya la daba en el párrafo quinto de mi trabajo anterior, más arriba citado, y, por tanto, ya sabemos que el *kilográmetro* es el caballo de fuerza, o sea la unidad de trabajo mecánico que equivale al esfuerzo que se necesita hacer para levantar un kilogramo de peso a la altura de un metro en un segundo de tiempo.

Ahora bien. ¿Bajo cuántas formas se presenta el trabajo humano? ¿Cuántos establecimientos industriales existen en las naciones civilizadas sin contar con las bárbaras industrias de los pueblos salvajes, que industrias son también, aunque embrionarias? Sólo su numeración ocuparía no un artículo, sino volúmenes enteros.

¡Qué variedad infinita de formas! ¿Y en qué se parecen unas a otras a primera vista? En nada. Sin embargo, todas son idénticas en el fondo; todas están sujetas a la misma unidad. Unidad muy oculta, muy disfrazada. Proteo prodigioso que es siempre el mismo.

Una locomotora recorre miles de kilómetros salvando abismos, horadando montañas, rojo siempre el hogar, empenachada siempre de humo. Un trasatlántico corta una y otra ola, y atornilla su hélice durante días y días en el verdoso y espumante elemento. Allá, en una fábrica, un mecanismo agujerea piezas metálicas, y un cepillo ciclópeo, por su fuerza, arranca virutas de metal. En otra fábrica se sierra, se cepilla, se agujerea también la madera.

En unos establecimientos industriales se carda, se hila, se teje, sometiendo las materias textiles a múltiples transformaciones. Más lejos se funde el hierro y el acero en hornos enormes. Y en las pobres viviendas no cesa la máquina de coser en su modesta faena y en su triquitaque interminable.

Sobre un campo, el arado abre surco tras surco, y en los surcos cae la semilla, y luego vienen todas las faenas del cultivo y de la labranza. Y en las eras se trilla, y en los molinos se muele, y en el lagar se prensa.

Lo grande se mezcla a lo pequeño; el trabajo tangible y material al trabajo invisible de flúidos misteriosos. Así, la corriente eléctrica va por el hilo y va por el cable. La voz humana vibra en teléfonos; la lámina sensible en la fotografía: así retrata la inmensidad de los cielos,

recogiendo astros y nebulosas, como retrata la cabellera del niño o sus ojos brillantes.

Después las industrias químicas operan millones y millones de transformaciones y crean millones y millones de productos, que más tarde el comercio hace circular por las arterias sociales, como circula la sangre por las venas.

¡Qué faena tan inmensa la de nuestro siglo y qué diversidad tan prodigiosa de trabajos!

Pues bien; esta variedad es aparente. Todos estos hechos se reducen a uno solo: todos se miden por la misma unidad, todos se identifican en el kilográmetro. La locomotora que corre, la hélice que se atornilla en el agua, el punzón que taladra, el cepillo que saca virutas, el huso que gira, la lanzadera que teje, la aguja que cose, el arado que ara, el trillo que desgrana espigas, el molino que pulveriza grano, la prensa que estruja la uva, la corriente eléctrica que enciende la lámpara, el teléfono que vibra, la luz que trabaja sobre la plancha fotográfica, y todas las reacciones químicas en el horno, en el crisol, en la retorta, en la cuba, en todas partes, todo es lo mismo y se reduce a esta unidad, al parecer tan árida, tan seca, tan abstracta: *el kilográmetro*.

Porque en todas las industrias no se hace más que una cosa, una sola. Todas ellas no son más que la repetición del mismo fenómeno mecánico. En todas partes donde se trabaja, trabaje la naturaleza o trabaje el hombre, se repite con eterna monotonía, pero con formas infinitas, lo mismo, siempre lo mismo.

A saber: *una fuerza* actuando a lo largo de un camino; esto es el *trabajo*. Y si tomamos por unidad de fuerzas el kilogramo y por unidad de longitudes el metro, tendremos para unidad de todos los trabajos el kilográmetro. Es decir, una fuerza de un kilogramo actuando a lo largo de un metro: repitiéndose a sí misma, si así puede decirse, a lo largo de este camino que hemos elegido por unidad.

Y del mismo modo que trabaja el hombre, resiste la naturaleza, oponiendo resistencias, es decir, fuerzas a lo largo de caminos recorridos; igual unidad tienen el trabajo motor y el trabajo resistente. En toda industria bien analizada, vuelvo a repetirlo, no encontraremos otra cosa que *el kilográmetro*; fuerzas a lo largo de espacios. Y a esto es a lo que el hombre de ciencia y el industrial, y hasta el vulgo, llaman *trabajo*.

Consumir fuerzas en un espacio, vencer fuerzas a lo largo de líneas, es trabajo para el vulgo como para el sabio. Y como la industria no hace otra cosa que cambiar formas, y cambiar una forma es vencer resistencia a lo largo de sus trayectorias propias, por eso la industria, *en lo que se refiere a su parte mecánica*, es una sola, a pesar de sus múltiples apariencias, y sólo se la mide por una sola unidad.

Lo que hay es que, como esta unidad resulta generalmente pequeña para las necesidades de la práctica, se repite 75 veces, y cambia de nombre y se llama "caballo de vapor". De suerte que el caballo de vapor son 75 kilográmetros. Es decir, un peso de 75 kilos elevado a un metro, o sea un peso de un kilo elevado a 75 metros, que todo es lo mismo, porque todo es vencer la resistencia de la gravedad a lo largo de una línea vertical, en cantidades equivalentes de trabajo. Por tanto, el trabajo no es la fuerza estática, inmóvil, por decirlo así; es la fuerza que actúa, y en el trabajo han de entrar estos dos factores: la fuerza y el camino. Y así, con decir *kilográmetro* o caballo de vapor, se han nombrado de una vez todas las industrias.

¿Avanza la locomotora? Pues vence una resistencia a lo largo de un camino.

¿Avanza el trasatlántico? Pues vence la resistencia del agua en la línea de su rumbo.

¿Avanza el arado? Es que vence la resistencia de la tierra vegetal a lo largo del surco.

¿Gira la rueda? Es que vence la resistencia que le opone el grano al ser triturado en los círculos concéntricos de su revolución.

¿Oprime la prensa? Es porque trabaja al estrujar el grano de uva en todo el espacio que recorre.

¿Sierra o taladra una máquina? Es porque vencen la resistencia de la madera o del metal la barrena y la sierra en cuanto taladran o sierran.

¿Se funde una masa metálica? Pues entre molécula y molécula el calórico se insinúa para separarlas, rompiendo su cohesión y venciendo una resistencia a lo largo de un camino molecular.

¿El éter se mueve en la corriente eléctrica? Pues de cualquier modo que se mueva encontrará una resistencia que vencer, y tendrá que vencerla a lo largo de un camino.

Por eso decía al principio que el kilográme-

tro era la unidad de todas las industrias, o, mejor dicho, de todos los trabajos. Y así, desde el punto de vista de la mecánica, hasta en el organismo humano sólo kilogrametros encontraríamos, como en cualquier fábrica o en el más

prosaico taller. Y conste que en este trabajo sólo me ocupo de los fenómenos físicos y químicos, dejando a salvo otros más profundos, más misteriosos, y que en este momento no son de mi competencia.

DAVID DÍAZ

## Consideraciones



# En torno a la escuela del porvenir



## II

No podemos estar conformes con aquellos que piensan que las escuelas que pecan de pestalozzismo, que procuran la salud del cuerpo y no parecen tan interesadas por el engrandecimiento del espíritu, son las más indicadas como punto de partida hacia la escuela del porvenir. Aun siendo una concesión dentro de los regímenes generales, hemos de evidenciar que son muchos los vacíos que en sus programas pedagógicos es necesario llenar. Ni aun las nuevas escuelas rusas, que marcan un paso más en la perfección, cubren a satisfacción las necesidades que se dejan sentir en nuestro siglo. Hablaremos de ambos tipos de enseñanza brevemente, a fin de hacer patentes la relatividad de sus sistemas y poder dar un mentís a los que creen que la escuela debe sufrir graduaciones antes de llegar al racionalismo.

Dejemos sentada una rápida concepción de éste que nos ayude a precisar lo equivocado del camino seguido por los que se dicen propulsores de la condición humana, entre otras lindezas, a causa de dirigir, como Decroly y Sluys, en Bélgica, una escuela-granja, que está muy lejos del tipo neutro, u otros centros análogos, como los de Moscou, que declaran a todas luces su mediocricidad racional, que es decir nada.

Escuela racional es aquella que trata de perfeccionar al hombre en toda su amplitud y cultiva en él los ideales del bien supremo; que trata de hacer de la vida una obra de arte y hace germinar en los cerebros deliberaciones

conscientes y decisiones nobles y abnegadas que embellezcan a la vida, al individuo y a la humanidad. Es esto, y lógico es que no precisa de tomos el hombre (menos el infante a quien, como dije en mi anterior, las tinieblas atávicas en que sumerja su cerebro o el sol en que bañe su inteligencia serán las posibles guías de sus facetas) para superarse en este sentido; sería estúpido afirmar que la esencia del humanismo no está simbolizada por la unión de lo justo y lo verdadero, lo bello y lo ideal, pensamiento surgido en una feliz ocasión con motivo de la entrega del Orfanato Racionalista de Bruselas a Emile Royer.

Entre las escuelas mal entendidas tipo neutro que poseen en gran abundancia Inglaterra, Holanda y Bélgica hemos escogido la de Decroly y Huys, belga, por ser más conocida entre quienes se interesan por los progresos del campo pedagógico, al objeto de comentar su funcionamiento.

A raíz de la gran hecatombe que conmovió al mundo y a raíz de un atropello habido en Bélgica, posible una de las libertades nuevas, y en el monumento erigido en Bruselas al español Ferrer, surgió en forma de protesta contra el alemán invasor la ratificación del mundo en su anhelo nobilísimo de superarse; se hizo latente la general simpatía por las ideas racionalistas. Este hecho creó una necesidad en el medio reaccionario: la de mejorar sus lamentables escuelas, si no en la esencia educativa, en los regímenes a seguir.

Por entonces, pestalozzianos ilustres lucha-

ban ya por el mejoramiento moral de las escuelas y propagaban los jardines de la infancia en que ésta pudiera expansionarse y corretear al sol, lo cual no puede ser más relevante.

De entonces son reformas de indiscutible mérito en lo que tienen de humanitarias, y que dejan de ser dignas en lo concerniente a la educación que sigue, siendo mecánica en vez de intuitiva, arbitraria en vez de persuasiva, etc.

La línea a seguir que entendemos primordial, es la que eleve al alma. Como complemento es necesaria la otra línea, la que perfeccione el cuerpo. Paralelas éstas en los nuevos medios, producirían un dúo magnífico, en el que se manejaría el hombre, mejorando en iniciativas de belleza y trabajo. Precisaremos que un perfeccionamiento atlético, procurado con miras destructivas, de estipendio patriotero, aunque a muchos les parezca buena norma, en el buen sentido escolar de elevación del alma sobre los impulsos pasionarios, es antihumano y por ende antipedagógico.

Casi de idéntica forma podemos hablar de las escuelas surgidas en Rusia como efecto de latente progresión, efecto justificativo, en parte, de la revolución que imprimió a aquel gran pueblo hacia nuevos derroteros de dignificación. Ahora bien; dejando el aspecto político de este país, que no puede ser más deplorable, en la iniciación que parece descubrirse en sus nuevas escuelas hacia el racionalismo pedagógico, se nota, a poco que se observe su programa de enseñanza, una desvirtuación manifiesta de la finalidad escolar. Lo logrado por Rusia, a pesar de su gesta roja, es ciertamente irrisorio a lo que se puede y debe hacer.

Se nos arguye que el ambiente ponzoñoso de estas escuelas que inculca a sus discípulos pseudas líneas de mejoramiento y fomenta entre ellos el virus bélico, que es su gran error, como salta a primera vista, y trasplanta tácticas viejas que automatizan al individuo y mecanizan sus aptitudes, como es separar al más apto del menos apto y elevar a categoría a aquél sobre éste, etc., de cuyas tácticas sale malparada la nobleza humana, se nos arguye que todo este estímulo de prejuicios escolares es circunstancial, es la actitud expectativa de Rusia ante los manejos de sus múltiples enemigos; es evidente

que así sea, mas lo cierto es que en nuestros comentarios de hoy no señalaremos más que los errores deplorables de las escuelas-paso, que producen generaciones perversas, nuevas hordas guerreras que defienden los métodos de un Estado más o menos transigente, más o menos tiránico.

Es evidente que no está en el aniquilamiento de la espontaneidad del niño que se procura en la primera de las escuelas señaladas, ni tampoco en la tergiversación de valores morales y trasplante de prejuicios que se nota en la segunda, el nacimiento de un derrotero humano nuevo. En un tipo, el niño emparedado en el dogma se momifica, se convierte en un objeto de mecánica obediente; en el otro se obliga su ternura por planos estrechos que lo deforman; extáticos en un objetivo pseudo-humano, desoyen iniciativas de belleza, desoyen la voz interna de su condición que, a pesar de los valedores, surge siempre en la intuición natural, aunque, claro está, no encuentra consistencia...

Nosotros hemos de procurársela y de encauzar sus manifestaciones diversas por amplios senderos, porque la intuición ha sido, es y será, encaminándola por los medios que exige su naturaleza, la mejor salvaguardia con que contaron los hombres para mostrarse como su condición de conscientes les dicta.

LEÓN SUTIL



## Higiene del Matrimonio

por el Dr. F. Monlau

Obra magna y única en su género, de alta erudición y de prácticos consejos, que la hace insustituible en toda biblioteca y necesaria en todo hogar. En ella se compendian nociones útiles generalmente ignoradas, se dan preceptos importantísimos para la conservación de la salud y se dictan reglas provechosas para la felicidad doméstica, la crianza, educación e higiene de la familia. Última edición revisada y puesta en armonía con los recientes adelantos de la ciencia.—Ilustrada con numerosos grabados, y primorosamente encuadrada en tela. Precio, 7 pesetas.—Pedidos a esta Administración.

**Este número ha sido revisado por la censura**



## GACETILLA



En la *Gacetilla* pasada hablé del halago. En ésta quiero hablar de la frivolidad. Nunca tiene disculpa la frivolidad. Cualquiera que sea el objetivo que persiga un hombre, o un grupo, o una colectividad, la frivolidad en sus propagandas lo malogra.

Sea cual sea el objetivo, y por grande que sea, la frivolidad lo rebaja, le quita importancia, disminuye hasta lo increíble su categoría. Una frase frívola es más desesperante que todo lo que se pueda imaginar. Por absurdas que sean las finalidades a que un hombre se dirija, éste merecerá atención con tal de que no sea frívolo.

Poner pasión y entusiasmo en lo que se defiende, dejar en ello girones de vida, no es un sacrificio, sino un placer. En el fondo de toda tarea no hay más que una busca de placer. El sacrificio, palabra de la que tanto se abusa, no es tal sacrificio, por lo menos en el sentido que se le ha dado a la frase. Es también un placer. Hasta cuando, para ojos poco capaces de visión lejana, parezca un tormento. Hay placer más allá del placer.

Que hombres realmente incapaces de ningún trabajo, ni bueno ni malo, en cuanto dan un paso hablen de sacrificio, es una frivolidad. Frivolidad es insinceridad y mentira. Un hombre frívolo miente siempre. Miente cuando habla de sentimientos; miente cuando habla de pasiones; miente cuando habla de ideales. Todo en él es mentira.

No se habla de sacrificio cuando se hace una cosa por impulso espontáneo del temperamento. Si cuesta un sacrificio un hecho cualquiera es que no se siente lo que se hace. Luego es falso. Luego no vale la pena.

A lo que se va impulsado por fuerzas íntimas, se va alegremente. Constituye un placer.

Que estos actos puedan dejar tras sí un gran beneficio para la humanidad, es cosa aparte. Analizándolos, no había en el ánimo del autor tan elevada esperanza. Si la hubiera tenido, y

hubiese hablado de ella, ya no habría tanta espontaneidad en su acción, ya habría entrado en ella un poco el histrionismo, es decir, la frivolidad, la falsedad. Y aunque el acto hubiera sido el mismo y hubiese dado los mismos resultados, en ello no habría tenido ninguna intervención la voluntad del frívolo. Este no sería, en todo caso, más que un instrumento.

Cuando oigo decir a alguien: "Esto que hago es un sacrificio", ya no me fío de él nunca más. Indudablemente, quien tal dice no merece ninguna confianza. Si en verdad se sacrifica, es que no estaba en su naturaleza obrar de aquel modo. Si es que miente y oculta el placer que recibe con sus hechos, para que se los agradezcan, es frívolo, es mendaz, es persona poco grata e indigna de amistad profunda, propicia al diálogo en el que se ponen al desnudo todas las cualidades de nuestro temperamento.

Se oye con demasiada frecuencia esa cantinela del sacrificio. Es decir, los hombres mienten con una continuidad espantosa. "Yo, que he sacrificado a mi familia. Yo, que he sacrificado mis intereses. Yo, que lo he sacrificado todo", se escucha a cada paso. "¡Mentira!", hay que gritar con ímpetu a todos los que eso dicen. Ninguna fuerza extraña les habría hecho realizar tales sacrificios. Si es verdad que los han realizado, ha sido impulsados por su propia voluntad, por algo íntimo que les decía que en ello había oculto un placer para su temperamento, para su sensibilidad, hasta para su carne. Si después proclaman su sacrificio, es porque el placer no respondió a sus esperanzas, porque fué efímero y no duradero, porque pasó fugazmente y no tuvo perennidad. Mienten al hablar así, perpetran una insinceridad, caen en evidente prueba de frivolidad. No tienen disculpa posible. La frivolidad, sí, es lo menos disculpable. Aunque el supuesto sacrificio hubiese producido bienes incontables, éstos serían dignos de admiración, pero no así sus

generadores, porque su frivolidad demostraría que no había de su parte ninguna voluntad en ello. Indiferentemente habrían dado lugar a bienes como podían haberlo dado a males. Una máquina produce telas preciosas. Un descuido de quien la maneja puede ocasionar una catástrofe. No es más que un instrumento. Como el hombre lo es también de su instinto. Este es el que lo maneja. Si del acto a que es empujado por él quiere que la humanidad le deba perenne agradecimiento, no hay desinterés en la acción; no hay, por lo tanto, sacrificio. Hablar, pues, de sacrificio, es una frivolidad. Y esto, no, no tiene disculpa.

Los hombres que saben que todos sus actos obedecen a la busca de placer para su sensibilidad, para su temperamento, incluso para su carne, son los verdaderamente desinteresados, y claro está, nunca hablan de sacrificio. ¿Para qué ensuciar con palabras vanas la pureza de sus actos?

En general, estos actos producen también, tanto más cuanto más señeros son, grandes bienes para la colectividad, de la que aquellos hombres no han pretendido salirse con gestos de sacrificados, lo cual, además de estúpido, habría sido frívolo, que es la peor estupidez.

Se apasionan, trabajan, vibran de entusiasmo, razonan sin entregarse por entero a la razón, a cuya frialdad oponen el calor de sus inquietudes, se adentran decididamente en todas las cosas oscuras que les rodean, buscando algo a que asirse, y cada paso que dan en estos laberintos es un goce, un placer intensísimo. ¿Cómo se han de acordar estos hombres preocupados y atareados, en momentos tan gozosos, de la palabra sacrificio? ¿Dónde está el sacrificio? Aunque entonces llegara la muerte, que les estuviera acechando, no habría sacrificio. Van a su encuentro, no por imprevisto menos cierto, con el júbilo y la alegría que da el goce. El placer de haber seguido un camino deseado, les compensa sobradamente de todo. El gesto, la palabra frívola en esos instantes, la frase mendaz que hablara de sacrificio, sería el derrumbamiento de toda la verdad y toda la sinceridad que hubiese habido en sus obras hasta aquel momento.

El sacrificio es el que va a la fuerza a cualquier parte. El que emprende un camino por propia voluntad no se sacrifica: goza.

Los hombres, los grupos, las colectividades que quieran adquirir un rango de seriedad, han de desterrar de su lenguaje esa palabra, ayuna de significado. La seriedad de esta índole no evita la alegría. Nada más falso que creer que la frivolidad es alegre: es estúpida y nada más.

Rechazar a quien siempre habla de sacrificios es una medida higiénica. La verdad aconseja que se haga. Tampoco tiene disculpa que se siga admitiendo una falsedad tan manifiesta y tan evidente.

“¿Te has sacrificado? Claro está, pues, que no sentías lo que hacías; que no habías puesto en ello pasión ni entusiasmo. Claro está que eres frívolo. Claro está que tu incapacidad para el diálogo con el hombre desinteresado que no se sacrifica, sino que obra porque así le place, corre parejas con tu frivolidad, que es también nulidad.”

\*  
\*\*

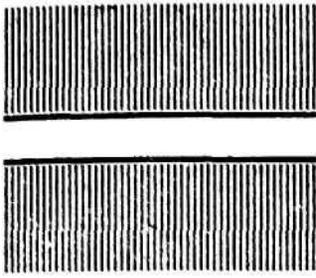
Recientemente, un célebre doctor ha dicho, en una conferencia, que en España no hay buenos oficiales de ningún oficio.

El hecho es cierto, en general, pero hay muchas maneras de decirlo. La usada por el conferenciante es la menos admisible. Sus palabras tienen una intención despectiva. Y no hay en ellas ni la sombra de un intento por adentrarse en el fenómeno, que no es privativo de España, sino de todo el mundo, y del cual es responsable, como de casi todas las desdichas, el capitalismo.

Que la intención de sus palabras es despectiva, y que desconoce las raíces del problema, lo demuestran las razones que alega para justificar su afirmación. Según él, cuando un matrimonio modesto tiene un hijo muy torpe, del que no sabe qué hacer, lo pone a aprender un oficio.

Yo no pongo en duda que esto sea verdad en algún caso. Todo es posible. Pero no sería raro que si los matrimonios modestos ponen a sus hijos torpes a aprender un oficio, los menos modestos les hagan seguir una carrera: ingeniería, medicina o abogacía. Y si los hijos torpes de los matrimonios modestos salen malos artesanos, no es creíble que los hijos torpes de los menos modestos salgan, por ejemplo, médicos geniales. Y, sin duda alguna, es mucho más peligroso para la sociedad un médico malo que un mal artesano.

JULIO BARCO



# LOS AMORES

(Cuento profético)

En el mundo, después de un cataclismo geológico, habían aparecido una extraña especie de seres semihumanos, semidivinos, entes alados que al volar producían mil armoniosos sonidos. Sus alas no sólo esparcen todas las músicas, sino que siembran también deliciosos perfumes. Pero estos perfumes, ¿no son a la vez sueños y pensamientos?

Al verles, al oírles, los perfumes, los ensueños y los pensamientos invaden al espectador. De inusitadas proporciones, más nobles que las humanas, más pensativos que la belleza viril, más emocionantes que la gracia femenina eran ellos.

Entre la orquesta de sus alas, entre la gracia coloreada, el encanto perfumado y las nobles líneas de movimientos variados, estos seres cantan lo siguiente:

“Nos dan varios nombres: nombres de luz, de llama, de perfumes, de ligereza, de danza y de vuelo. Pero nosotros preferimos nuestro nombre de amor.

Hombres, os escuchamos sonrientes cuando nos llamáis superángeles, grandes libélulas, hadas superiores, músicas encarnadas y otras mil cosas por el estilo. Pero cuando vosotros nos escucháis nos proclamamos los Amores.

Hemos matado en nosotros el odio, la envidia y los celos. Hemos matado en nosotros todo lo que constriñe y encierra. Hemos querido ser esparcimiento y libertad. Al realizar esta conquista hemos alcanzado mil más.

Si nos dais nombres de llama, de luz y de perfumes; nombres de ligereza, de danza y de vuelo; nombres de arco iris o de música, es porque merecemos el nombre de amor.

El amor nos ha dado alas; nada hay que sea tan apresurado y tan rápido como el amor.

Somos luz, llama, matices sutiles, porque el estremeciente amor reviste todos los aspectos de la belleza.

Hemos matado al odio. ¡Victoria, victoria! ¡Oh, única victoria verdadera! Hemos matado al odio.

Este feliz acontecimiento tuvo lugar antes de nuestro nacimiento. Apenas lo recuerdo, y el combate se me aparece como una perspectiva informe, cambiante, como un sueño olvidado. No obstante, estoy seguro de lo que digo.

Mi gran obra es haber matado al odio; matar al odio, ¡oh, hermanos míos!, es nuestra obra.

Entre los más gloriosamente perfumados cantos, exponed, ¡oh, alas mías!, los más vivos colores, el amarillo y la púrpura de todas las victorias y de todas las llamas. El odio ha muerto en nuestros corazones libertados.

Sí, esta muerte es nuestra obra. Pues el ser sólo existe en los seres, y no puede haber acción ni causa fuera de los seres.

Los hombres antiguos, en la vacilante pobreza de sus sueños, creyeron apoyarse en un Dios, en un Creador, en un Padre Celestial. No hay más dios que los seres, no hay más creador que las criaturas mismas, y cada uno, ¡oh, misterio de la claridad!, es padre de sí mismo.

Si existiese un Padre Celestial, procuraría dar a sus hijos lo que nosotros nos hemos dado. No estaría dividido consigo mismo; ninguno de sus hijos odiaría a otro.

Matar al odio, conquistar el amor, ¿creéis que son victorias directas y fáciles, triunfos sin preparación ni ardidés?

Hombres, escuchad el gran secreto.

Hemos llegado al amor porque conocemos el camino que a él conduce, y porque hemos tenido valor para trepar por él.

Sendero de dulzura, de sombras y de corolas, camino de entrada amenazadora, con trampas sonrientes, te llamas Sabiduría y Renunciación.

Renunciación a los falsos bienes, rechazo de los fardos pesados y espinosos, ¡oh, libera-

ción! A los ciegos esclavos esto les parece pobreza y vacío; pero nosotros sabemos que eres la única riqueza y la plenitud completa. No saben aquéllos en qué oro puro estás tallada, copa maravillosa; no saben tampoco con qué vino y qué embriaguez desbordas, ¡oh, dulce plenitud!

¡Cuántas sabidurías sucesivas, cuántos alegres renunciamientos han aligerado nuestro cuerpo, han lanzado lejos de nosotros las pesadumbres y las esclavitudes!

Si sé amar la única riqueza de los seres, es que desde hace mucho tiempo me aparto riendo de la pobreza de las cosas.

¡Ah! cómo nos hemos libertado de todos los pesos y de todas las preocupaciones... Sólo queremos comprender, comprender para amar.

Las cosas no tienen nada amable. Las cosas no tienen corazón y mi amor no puede hacer nada por ellas. Las cosas sólo tienen valor como soporte de los seres. Pero no es el pedestal lo que admiro, sino la belleza de la estatua.

Os amo ¡oh hermanos míos!, estatuas móviles y aureoladas por el amor perfecto. Os amo, admirado, deslumbrado y satisfecho.

Y amo con piedad actual y con esperanzada admiración, a todos los demás seres que son como estatuas esbozadas. Todos pueden llegar a ser la obra maestra que alegra la luz, todos pueden envolverse entre las líneas de la sabiduría y del amor.

Gloria a la sabiduría, camino del amor, y gloria gozosa al amor, cumbre de la sabiduría. Gloria que va acumulándose en las mil existencias que han precedido a mi felicidad, y gloria desbordante a ésta. Gloria al camino y a cada una de las estaciones. Gloria, gloria, gloria a la cima actual y a las futuras.

Nos hemos libertado y somos liberación. Que todo el que oiga nuestro canto tome el camino de la sabiduría. Que arroje los pesos y las esclavitudes que le impiden la ascensión. En seguida andará erguido y con radiante ligereza; luego, luego sentirá, en una voluptuosidad inefable, cómo le van naciendo las alas del amor.

Después del negro pasaje de la muerte y la eclosión floral del nacimiento, será semejante a nosotros el que habrá sabido libertarse por medio de la sabiduría.

No necesitará más vestidos ni habitaciones.

Nuestras alas nos llevan, más velozmente que a las golondrinas, a los más agradables climas. Nuestro vuelo se ríe de la pesada marcha de las estaciones.

Si hay en perspectiva una lluvia y nuestras alas no desean bañarse en ella, huímos, más veloces que los lentos vientos de la lluvia. Cuando queremos somos más rápidos que la desbocada carrera de las tempestades. Pero a veces, subiendo a las calmas alturas, miramos desde arriba cómo se desenvuelve el huracán y su ira.

Toda vida está condenada a alimentarse. Nuestro flotante cuerpo reclama muy poco alimento. Un fruto basta para satisfacer nuestro apetito más exigente. Ordinariamente nos basta una flor, una oja perfumada o una corteza olorosa. Dos violetas y una gota de agua son suficientes para sostener todo un día de música, de danza, de pensamiento y de amor.

Nuestra sobriedad nos exime de las necesidades que obstruyen el pensamiento y en las que se arrastran feamente los comedores de carne y hasta los inocentes animales que rumian demasiada hierba.

Un perfumado sudor que un batir de nuestras alas dispersa entre rayos y armonías, basta para expulsar de nuestro ligero cuerpo lo que no le es asimilable."

Así cantaban los amores.

Así cantaba el enjambre de cuarenta amores que poblaban la tierra y la atmósfera de poesía, de ensueño, de pensamiento y aspiración.

Sus alas mezclaban, en la encantada luz, los matices ondulantes, las frescuras acariciantes y el temblor armonioso de los arco-iris. Entre estas arquitecturas siempre perfectas, animadas y cambiantes, cantaron aún con una dulzura triunfal:

"No hay alas negras entre nosotros".

Luego se marcharon. Y su canto, su danza, y los unidos colores suyos, decían:

—Hombres, ¿será inútil que hayamos lanzado hacia vuestros corazones la flecha del amor? Hombres, sumergíos en un baño de sabiduría; saldréis de él completamente perfumados de amor.

HAN RINER

Traducción: Elizalde.



## Ensayos

## Cinematógrafo y delincuencia



## I

## La sugestión literaria y el crimen

El estudio de los factores del delito no dejó rincón sin explorar, y desde el último cuarto de la pasada centuria, los escritores subrayaron el poderío sugestivo de las novelas, dramas e imágenes. Nutrida comística fué citada en demostración de que los libros y comedias policíacas, así como los relatos de crímenes en la prensa diaria engendraron sugerencias delictivas, sobre todo en los menores. César Lombroso, en *El delito, sus causas y remedios*; Luis Proal, en *Le crimen et la Peine*; Aubry, en *La contagion du meurtre*; R. Hesse, en *Les criminels peints par eux-memes*, y el doctor Alberto Hellwig, en *Schundliteratur und Schumdfilms*, mencionan casos y proponen remedios, y la *Société Générale des frions*, de París, debatió el tema de la «Influencia de la imagen y de la publicidad sobre los delincuentes», el año 1913. El asunto fué acogido en las revistas generales, siendo tratado en Francia y Bélgica, en la *Révue Penitentiaire* de 1912 y 1913, en los *Archives d'Anthropologie criminelle* de 1912, en *La Révue* de los años 1911 y 1912, y en *La Révue de Droit pénal et de criminologie*, de Bruxelles, de esta última fecha. Los periódicos especialistas italianos también abordan el problema y pueden verse interesantes notas en el archivo de *Psichiatria* de 1911 y 1914, en *La Scuola positiva* de 1903 y 1913 y en *La Revista penale* de 1912. En Alemania la *Zeitschrift fur die gesante Strafrechtswissenschaft* estudió en sus hojas tan sugestivas cuestiones en dos artículos, aparecido uno el año 1912 y existente el otro en el tomo treinta y cuatro bajo el dramático título *Kriminalistische literatur als lehrbuch fuer Verbrecher* (La literatura criminal como tratado del delincuente). Por último, guardan apuntes de importancia las páginas de la revista norte-

americana *Journal of the american institute of Criminal law and criminology*, de 1912.

En esta hora, un tema actual remozza las pesquisas versantes sobre la etiología del crimen, y los escritores investigan el influjo que opera el cinematógrafo en la delincuencia. El vasto asunto ofrece múltiples aspectos, y uno de ellos quiso ser atacado en España con torpísimo ademán. Los propicios nombres con que las películas se exhiben se juzgaron pecaminosos para la moralidad pública y el señor Millán de Priego disparó aquella orden inatacable, que separaba los sexos en las salas cinematográficas.

No me propongo agotar cuantas facetas presenta el problema del cinematógrafo en sus relaciones con el Derecho Penal, y voy a contenerme en el estudio de la sugestión delictiva de las películas a que aluden cotidianamente los periódicos, señalando el influjo imitativo de las cintas en concretos usos criminales.

## II

## Influjo de las cintas cinematográficas en la criminalidad

Cuando un tema se actualiza debe correr todos los riesgos de la popularidad y brindar su flanco a los detractores, sin grandes protestas. Los males del cinematógrafo han sido voceados con mayores sonoridades que el perjuicio de la literatura criminógena. El articulista que el día 8 de Julio de 1910 escribió en el diario *Leipziger Neuste Nachrichten* su ensayo «Der Kino», hizo considerables prosélitos, afirmando que la plasticidad de las imágenes cinematográficas hace más peligrosa su sugestión delictiva que la lectura de novelas de bandidos y policías. Algunas protestas aisladas se han elevado contra el común sentir, y Benoit Levy y H. Friche (en su elegante trabajo *Kinematograph, Moral and Presse*, pu-

blicado en el número 20 de *Der Kinematograph*) no sólo creen que la literatura de asuntos criminales y obscenos ofrece más riesgo que el cinematógrafo, sino que el peligro de las fotografías animadas sólo existe en la fantasía de algunos pedagogos.

Mas, a pesar de que con estas palabras se ha dado el alto a las exageraciones, la *communis opinio* sigue pensando en la facilidad y sugestión que prestan a los criminales las exhibiciones cinematográficas. Las revistas penales relatan casos en que los delincuentes confesaron el nexo entre su delito y las películas vistas. Esta comística versante sobre el influjo criminógeno del cinematógrafo, contiene ejemplos de Francia, Bélgica, Italia y Norteamérica, y puede verse dispersa en los siguientes periódicos técnicos: *Revue pénitentiaire*, de 1916 (pág. 269); *Revue de Droit pénal et de Criminologie*, de 1926 (pág. 188); *La Scuola positiva*, de 1909 (pág. 448); *Revista penale*, de 1917 (vol. LXXXV, pág. 606), y *Journal of the American Institute of criminal law and Criminology*, de 1912 (pág. 132), 1914 (pág. 301) y 1915 (pág. 439). El aserto corre ya como artículo de fe y encuentra cultivadores afortunados, como Hellwig, que aborda el tema en ensayos de revistas.

*La Société générale des prisons*, de París, al deliberar sobre el problema de la influencia de la imagen y de la publicidad sobre los delincuentes, escuchó, también de labios del doctor Boncour, los peligros del cinematógrafo, y pocos años después elevó al ministro de Justicia una moción contra las películas incitantes e inmorales, que puede consultarse en la *Revue Pénitentiaire*, de 1916. Los periódicos de la especialidad esmaltan sus páginas con alegatos contra el cinematógrafo y buscan con más o menos torpeza remedios útiles, documentándose en las leyes recientes. El que se sienta animado por la curiosidad puede hallar noticias de interés en estas revistas: *Revue Pénitentiaire* de 1916, 1917, 1918; *Revue de droit pénal et de Criminologie* de 1912, 1913; *Archives d' Anthropologie criminelle* de 1912, y otros varios.

## III

### El poder causal del crimen en la delincuencia de los menores

Aunque el poderío criminógeno de las películas cinematográficas ha sido subrayado en toda su extensión, los sociólogos cargan sobre este factor sugestivo buen número de los delitos perpetrados por menores. Por otra parte, las medidas profilácticas, que ya apuntaré, son más fácilmente viables con referencia a los niños. De aquí que el tema vire sensiblemente hacia un área más concreta y que escritores y leyes enfilen de preferencia los problemas cinematográficos en lo tocante a la sugestividad delictiva de la humanidad pueril. Así lo han hecho en Austria y Alemania; A Tulehor, en su vibrante artículo *Crimen loesen juventutis*, y Cremer, en su declamatorio folleto *Die Schule im Kampfe gegen der Schusutz in Wor und Bild* (La escuela en lucha contra la obscenidad en la palabra y en la imagen), impreso en Dusseldorf en 1909; y en Bélgica la *Revue de Droit pénal et de Criminologie* en varios de sus números, y sobre todo en el año 1920, destaca el nefasto influjo del cinematógrafo en la delincuencia infantil. Antes que en Europa se dió señal de alarma en los Estados Unidos; aterradas las autoridades de Cincinnatti por el formidable aumento de la criminalidad de los menores, que llegó a crecer en un 50 por 100, procedieron a minuciosas informaciones, averiguando que el cinematógrafo era responsable en gran parte de esta elevación delictiva. Sus efectos son perniciosos, según los yanquis, incluso cuando las películas se proponen objetivos moralizadores, pues las escenas de mujeres abandonadas, de casas públicas, suicidio de prostitutas, círculos de juego, etc., producen consecuencias corruptoras para los jóvenes pensamientos.

El valor causal de las películas cinematográficas en la delincuencia de los menores ha sido también desarrollado en un artículo escrito en lengua castellana, mejor dicho, en algo que se parece al idioma español. Lleva la firma del doctor Ladislao Thot, húngaro de nacimiento, y ahora residente en la Plata (República Argentina), en cuya universidad está. El trabajo, ausente de toda estima científica, se halla escrito en un estilo a ratos ininteligible.

ble y a trozos balbuciente, como el lenguaje de los niños y el castellano de los moros. Se titula el deficiente ensayo «El cinematógrafo y la criminalidad juvenil», y el lugar de su comisión ha sido *La Revista Universitaria*, de Lima, cuarto trimestre de 1926 (pág. 983-1016).

El presente ensayo mío merece, entre otras objeciones justas, el reproche evidente de mi falta de agilidad, lastrado como se presenta con bibliografía desusada en estos esbozos. Coménteseme no como defensa sino como disculpa, alegar el motivo de este proceder. Hay temas que propenden por sí solos a la retórica: Uno es el del cinematógrafo; otro el de la juventud delincuente. Aliados en un asunto común ofrecen el riesgo de despeñar a su autor por una catarata de palabras tan sonoras como vacías. Por eso he atado a mi cuerpo la pesada carga de la documentación.

Mas ello no ha de impedirme expresar mi sentir. No quiero situarme contra la corriente y doy por exacto que el cinematógrafo sirve en ciertos casos de enseñanza delictiva. Pero después de meditaciones serenas, creo que he exagerado tal influjo. La vida diaria, el teatro, la lectura de un libro, el relato oral o escrito de un crimen, la ostentación de joyas, la abundancia de automóviles, el lujo de las mujeres, todo puede ser un incentivo para el delito. Las representaciones cinematográficas son un episodio del diario sentir que, como los restantes acaecimientos cotidianos, tiene poder criminógeno. De lo que no estoy absolutamente convencido es de la singular fuerza de este factor que ha sido objeto de medidas especiales, como la censura previa y la prohibición a los niños de frecuentar salas cinematográficas tendientes a esterilizar peligros, que o son imaginarios o provienen igualmente de toda clase de espectáculos exhibidos en local cerrado.

#### IV

### La lucha contra las películas peligrosas

En las investigaciones de la potencia criminógena del cinematógrafo, he llegado a consecuencias que divergen del común sentir. Pero como estoy desnudo de soberbia, me sitúo en la hipótesis de que mi criterio no fue-

se certero y de que estuvieran más atinados quienes lanzan gritos de alarma contra las películas cinematográficas. Para extinguir el peligro se postulan distintos remedios que deseo exponer y enjuiciar.

#### V

### La censura

El medio más expeditivo de combatir contra las exhibiciones cinematográficas de índole peligrosa, es instaurar la previa censura. Y confesamos que el fácil recurso tiene copiosos prosélitos entre los legisladores. El elenco de estas disposiciones puede hallarse bastante completo en un trabajo de Pedro Nisot, publicado en el número de 31 de enero de 1927 del *Buletín International de la Protección de l' Enfance*, benemérita revista que imprimen los belgas. La censura se ha implantado en los siguientes países por los preceptos legales que menciono: Italia (ley de 24 septiembre de 1923 y Reglamento de 1.º de julio 1924), Bélgica (ley de 1.º de septiembre de 1920 y Reales decretos de 19 de noviembre del mismo año y 11 de mayo de 1922), Luxemburgo (ley de 13 de junio de 1922 y decreto granducal de 16 de junio del mismo año), Alemania (ley de 12 de mayo de 1920, modificada por la del 23 de diciembre de 1922), Holanda (ley de 14 de mayo de 1926), Polonia (decreto de 7 de febrero de 1919 y Reglamento de 12 de febrero del mismo año, por la antigua provincia rusa); los preceptos del decreto citado referentes a los cinematógrafos tienen vigencia además en virtud de órdenes del Ministerio del Interior en las antiguas provincias austríacas y prusianas, quedando así centralizada la censura cinematográfica; existe un proyecto unificador que dentro de poco será presentado a la dieta; Noruega (ley de 25 de julio de 1913), Suecia (Real decreto de 22 de junio de 1911), Dinamarca (ley de 17 de marzo de 1922), Portugal (Decreto de 26 de febrero de 1925), y España (Real orden de 27 de noviembre de 1912). En New York y en Canadá hay también disposiciones sobre censura de películas cinematográficas.

Merece especial examen la situación legal de algunos países. En la Gran Bretaña ni el cinematógrafo contiene preceptos sobre cen-

sura previa de las películas, y las representaciones dependían tan sólo de un permiso versante sobre higiene de espectáculos. Pero después del debate habido en Oxford en 1922, fué creada la *Comisión de censura*, sobre la que es útil consultar el elegante libro de T. P. Connor, traducido al francés en Bruselas el año 1923, bajo el título de *Les principes de la censure cinematographique*.

En Suiza, si bien todos los cantones, salvo Obwold y los Grisones (en el último de los cuales hay una reglamentación municipal), poseen preceptos atinantes a los problemas cinematográficos; sólo unos cuantos, como Niedwold, Argovia, Saint Gal, Lucerna, Friburgo, Vand y Appenzell R. E., han establecido la previa censura, que se limita a los programas, y únicamente recae sobre las propias películas de índole dudosa. Sólo Lucerna exige la representación ante los comisionados de todas las cintas antes de autorizar el espectáculo. Son más numerosos los cantones suizos que sin imponer la previa censura se reducen a prohibir las películas que pueden excitar al delito o a las malas costumbres. Así ocurre en Schaffhausen, Schwyz, Appenzell R. I., Basilea-Ciudad, Glaris, Berna, Zug, Zurich, Ginebra y Neuchastel.

No existe en Francia una ley de censura previa expresamente dictada para las proyecciones en la pantalla, aunque el clamor de los escritores parece empujar a las Cámaras hacia una inmediata composición legislativa. Pero se han procurado expedientes hábiles en la lucha contra las películas peligrosas. Algunos municipios prohibieron de modo expreso las cintas que reprodujesen total o parcialmente hechos verídicos de carácter delictivo, y el Consejo de Estado autorizó a los intendentes municipales para someter las películas a previa censura, puesto que el cinematógrafo es un «espectáculo de curiosidad», y los de este carácter pueden ser censurados según viejos textos franceses.

En Australia el decreto de 18 de Septiembre de 1912, estableció la censura cinematográfica; pero en Julio de 1926 se declara ilegal esta medida conforme a la constitución republicana, que condena toda clase de censuras.

## VI

### Prohibiciones relativas a los menores

Cuanto se han ocupado de señalar los peligros del cinematógrafo, cargaron el acento en el poderío sugestivo de las proyecciones sobre los niños y adolescentes. Por eso en los países mencionados y en los preceptos legales antedichos, la previa censura o la policía cinematográfica se completa con disposiciones atinentes a los espectadores en edad puril.

En Holanda, Checoslovaquia y Norteamérica, existe una censura previa encargada de autorizar las películas que han de ser proyectadas ante niños y jóvenes. La ley neerlandesa de 1920 se refiere a los menores de 14 años, y el Decreto checoslovaco de 18 de Octubre de 1912 alude a los que no cumplieron todavía 16 años de edad. En Alemania el párrafo 11 de la ley antes citada contiene una curiosa disposición: cuando se trate de películas destinadas a los adolescentes, la censura se ejerce escuchando el parecer de muchachos de 18 a 20 años.

La medida más generalizada consiste en prohibir el acceso de los jóvenes a las salas cinematográficas. El límite de edad más constante es el de los 16 años que fijan las leyes y decretos de Portugal, Bélgica, Viena, Condado de Londres, Noruega, Dinamarca, etc. Se eleva hasta los 17 años en Luxemburgo y Polonia, y desciende a los 15 en Suecia. En los cantones suizos se establecen varias edades, según se trate de prohibiciones absolutas o de niños solos o acompañados por sus padres o personas de respeto. Las oscilaciones de edad son de los 10 a los 18 años: Sabido es que en España la prohibición se refiere únicamente a los menores de 10 años que traten de asistir sin compañía a los espectáculos nocturnos.

## VII

### La lucha internacional

Los más alarmistas no se contentan con reclamar que se legisle en cada país contra los riesgos del llamado *arte mudo*, sino que piden clamorosamente una cruzada internacional. Destacan primero las características cosmopolitas del cinematógrafo, que difunde por el

orbe entero la producción de los grandes talleres de contados países, mediante las poderosas compañías alquiladoras, y exigen después la constitución de una oficina central vigilante *pro juventud*. El más ardoroso propagandista del sistema es Pedro Casablanca, que en uno de los números del mentado Boletín belga, correspondiente al año 1923, traza con prolijidad las normas de este sistema encaminado a combatir el riesgo internacional de las cintas inmorales o delictivas.

También el Congreso de Bruselas de protección a la infancia, celebrado en julio de 1921, subrayó la conveniencia de una entente entre todas las naciones tendiente a preservar a los niños y adolescentes del peligro oriundo del cinematógrafo desmoralizador. Y la Asamblea de Maestros de Suecia, Noruega y Dinamarca, efectuada en 1922, acordó, entre otras resoluciones referentes al fomento de películas instructivas, que se vigilase la industria cinematográfica, para alejar los daños morales de las jóvenes generaciones.

## VIII

### Conclusión

El informador ha terminado su faena, y el hombre preocupado por los asuntos penales desea aventurar el personal criterio:

De modo rotundo me opongo a toda especie de censuras, que llevan en su fondo mi cercenamiento de libertades y un riesgo frecuente de extralimitaciones. El censor tiende siempre a prohibir, y el área en que la censura se descarga queda convertida en un erial. Sólo lo ñoño logra filtrarse a través de las estrechas mallas apretadas por prejuicios. Si la censura de los espectáculos teatrales y de los libros se declara contraria al principio de libertad, ¿por qué recibirla para las proyecciones cinematográficas? No acechemos al arte con designio de cazadores. El Código Penal pone armas en nuestras manos contra el falso artista que incide en la pornografía o en el delito. Reprimamos los hechos punibles, pero no atropellemos el ideal de la libertad artística con pretexto de prevenirlos.

En las campañas internacionales tengo nula fe. Presencio con el más escéptico ade-

mán esos intentos cosmopolitas que abrigan el designio de uniformarlo todo.

En esta hora se habla con terquedad de constituir un organismo penal supremo con facultades internacionales. Es una de tantas monsergas de fragante impertinencia en una época en que los lazos solidarios están rotos entre los pueblos. Esa comisión de control cinematográfico universal es un sueño más desprovisto de posibilidades.

Sólo me parece digno de meditaciones lo tocante al acceso de los niños a los cinematógrafos. Me declaro sin titubeos postulante de la prohibición. Pero es preciso que aclare mi pensamiento. Me subleva la permanencia de los menores en las salas cinematográficas, en la misma medida y por análogos motivos a como me irrita contemplarlos en cualquier otro espectáculo cerrado, soñolientos de noche, doblados en sus butacas; o enrojecidos por la cargada atmósfera en las sesiones diurnas, mientras luce el sol en la campiña.

Protesto de que al infante y al adolescente se les confine en espacios mal ventilados y se les prive del aire y de la luz. Los niños al campo y al jardín, y si son conducidos a diversiones teatrales, que los espectáculos infantiles se celebren en parques, sin más techo que el cielo y sin más iluminación que la solar.

No lanza esta protesta el penalista deseoso de impedir los delitos, sino el apasionado de la higiene.

LUIS JIMÉNEZ ASÚA

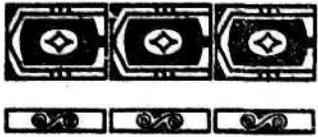


LECTOR: Piensa que estas páginas pueden desaparecer por falta de un pequeño esfuerzo por tu parte, por parte de todos, por no adquirir uno de los numerosos y buenos libros que anuncia en sus cubiertas, con el cual se eliminaría el déficit que constituye el lastre que dificulta su labor. ¡Pídanos un libro, el que le interese, con el cual nutrirá su inteligencia y habrá hecho desaparecer ese peligro!

### La que supo vivir su amor

por Higinio Noja Rutz

Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción, la cual viene obteniendo un éxito franco y merecido.—Precio, 4 pesetas.—Pedidos a esta Administración.



Letras de América

## El símbolo de Lázaro



Muchos hombres inteligentes, o que se precian de serlo, no han comprendido el sentido metafórico que en la fábula cristiana tienen aquellas palabras de Jesús: *¡Levántate y anda!*

Y es que muchas cosas en la vida no las interpreta la inteligencia; las percibe frente a los hechos con su bondad y su sencillez el corazón.

No es raro descubrir grandes miopías en los hombres de talento, y es frecuente, sin embargo, encontrarnos con humildes visionarios de la sabiduría entre la gente ignorante y buena de los campos.

Sin duda, lo que más vale en el hombre no es la rumbosa ciencia adquirida en las Universidades y los libros, sino la ciencia innata que llevamos en el alma y que sólo se manifiesta bajo la forma instintiva de los impulsos.

\* \* \*

Hay una persona de quien me dicen pestes y a la que conocí gráficamente aplastada en el escepticismo y misantropía, por el desprecio general con que le herían hasta los que antes fueron sus mejores amigos; proporciónanme un momento de íntima satisfacción.

Acorralado por la injuria, como una bestia enferma, habíase retraído considerablemente su carácter, reconcentrando su odio mortal hacia todo lo que le recordara su vida de pensamiento y de lucha.

Yo había desafiado todas las represalias, había ido hacia él y hecho suya mi amistad.

Hoy leíamos juntos uno de esos libros escritos con sangre del autor, como diría Nietzsche, refiriéndose a las obras realmente amasadas de sinceridad y entusiasmo; y al comentarlo, noté en él una viva transformación: sus ojos iluminaban todo el resto de su fisonomía, y en sus labios la elocuencia desgranaba las palabras con ardor desconocido.

Escuchábale yo con sorpresa y con interés, pensando para mis adentros: ¡luego existe!

El milagro de Lázaro se realiza en todos los momentos con muchos de los mortales que transitan la tierra.

El hombre, desencantado por la general ceguera que le envuelve, hostigado y escarnecido por la impiedad y los ultrajes de la multitud, es como el naufrago que no busca sino una mísera tabla a que asirse para poder seguir viviendo.

Una sonrisa a tiempo equivale a tender la mano a nuestro prójimo en los trances de más angustia.

No en vano somos los hijos del amor, y lo primero que necesitamos para curar nuestras heridas es el calor balsámico del afecto.

Pensad lo que queráis, rencorosos volterianos del idealismo, que habéis tomado por oficio, para divertirnos con las ajenas ilusiones, el ir como los muchachos del arroyo arrojando guijarros contra los huertos floridos del camino.

Lázaro simboliza perfectamente la humanidad. También ella se queja acerbamente; contempla sus lacras, juzga su dolor, lo único positivo, y se entrega llorosa y cobarde en brazos de la muerte.

Y también encuentra la humanidad sus Cristos taumaturgos poseedores de las palabras santas que producen el milagro.

¿¡Crueldad!, borbotáis entre vuestras risas irónicas?

Existe en tal caso el órgano que corresponde a la facultad de creer.

¿Por qué burlarse, pues, de la bondad de las almas? Debéis respetar la integridad de los espíritus que creen y aman, ya que no alcanzáis a comprender este misticismo real, que engendra la más fecunda de la fe; nuestra fe apostólica, por lo mismo activa, en la resurrección de las almas.

JULIO R. BARCOS



## Experimento médico

“En Belgrado, con motivo de la ejecución del soldado Jususovich, que había asesinado a dos oficiales, han habido algunos accidentes. Más de cinco mil personas asistieron a la ejecución, y después de ella rompieron los cordones de la tropa para ver de cerca y tocar el cadáver del ejecutado.

El cuerpo del ejecutado ha servido para una experiencia médica. Le fueron extraídas unas glándulas, que los doctores injertaron a dos ancianos de setenta y dos y setenta y seis años, que se hallan en un sanatorio de los alrededores de Belgrado. La operación ha dado un resultado excelente.”

Sin analizar el resultado que dicha operación pueda dar, por carecer de conocimientos para ello, me causa horror la noticia. Es necesario haber llegado a un grado de insensibilidad absoluta para no sentir un escalofrío ante tamaña crueldad. No bastaban las mil y una inyecciones y vacunas; es preciso recurrir a las glándulas humanas, y si es preciso, rememorar los tiempos en que se sacrificaban seres inocentes para curar con su sangre enfermedades y lacerías, adquiridas muchas veces en el vicio y la crápula.

¿Qué es un ser condenado y ejecutado en nombre de la sociedad, sino un miserable despojo, del que puede hacerse cuanto venga en gana? ¿Y qué son dos asilados viejos y miserables, sino otros despojos en lo que se puede probar cualquiera cosa por inicua que sea?

Puede el potentado malgastar su vida como quiera; ahí está la ciencia al servicio del dios dinero para inventar sueros y vacunas, y cuando éstos no sirvan, no faltarán ladrones y asesinos que después de ejecutados presten sus glándulas a pobres ancianos que sirvan de experiencia para ver si el resultado es satisfactorio.

Antes, la ignorancia puesta al servicio del curanderismo sacrificaba seres inocentes y hacía prácticas absurdas; hoy la ciencia se mete

en el intrincado laberinto de absurdos y crueldades; y por si era poco la vivisección, prueba a injertar glándulas humanas, con la misma tranquilidad con que una modista reforma un vestido inservible con tela nueva.

Estamos atacados de la manía de parecer jóvenes y de volver a disfrutar una edad ya pasada, y no porque nos duela el trabajo que hemos dejado de hacer, sino porque no reconocemos otro fin de vida que el placer y la gula. La juventud y madurez abúlica tiene que ser seguida de la vejez triste, y si pudieran la mayoría volver a vivir esos años que añoran, no sería para enmendar los errores pasados, sino para encenagarse otra vez en la ciénaga de la corrupción.

Y la ciencia, esa augusta matrona que debe desbrozar el camino de las generaciones venideras; ese faro que debería alumbrar las tinieblas que la ignorancia esparce en pos de sí, se convierte en una vil ramera, y vendiéndose por calles y plazuelas, desciende a experimentos que sonrojarían a todo ser ecuánime y sensible, si el vil metal no lo corrompiera todo.

La salud, ese don preciosísimo que es inherente a la vida, no preocupa a nuestros galenos, ya que de ella pocas ganancias pueden sacarse; lo que les preocupa es la enfermedad, la operación costosa, y por último, el aprovechamiento de glándulas, no ya de mono (esto es poco), de persona: hoy de un delincuente, mañana de un desgraciado que a ello se preste, pasado mañana arrancadas por la violencia a un ser fuerte y vigoroso, para reanimar a un decrepito crapuloso, que por un puñado de billetes quiere continuar sus fechorías.

¿Y qué diremos de esa multitud que rompe el cordón de las tropas para tocar el cuerpo del ejecutado? Montón anónimo de carne sin cerebro ni ideas, que no se le ocurrió preguntarse hasta qué punto eran culpables colectivamente de aquel crimen individual; que no investiga de qué modo y en qué condiciones procrea

sus hijos y cómo debe educarlos, si no quiere verlos en un caso semejante, y que después se lanza, ebrio de brutalidad, sobre el ejecutado para tener el sádico placer de tocarlo.

Ciencia y plebe se han igualado en este caso; mas digo mal, la ciencia no puede estar representada por los hombres que hicieron ese experimento: la ciencia es Miguel Servet, y muere en la hoguera; los que tales actos hacen en su nombre son los mercaderes que hay que expulsar a latigazos.

ANTONIA MAYMÓN

---

—II—

## EN EL MUSEO DEL PRADO

### Martínez Montañés

(Cuadro de Velázquez)

Bien pudo ser, por su gentil decoro,  
gran peregrino que calzó sandalia;  
magno virrey en el País del Oro,  
o capitán bajo el azul de Italia.

Porte del caballero legendario,  
donde la savia de estirpe late,  
monje en la tierra y en el mar corsario,  
místico y fiera, pecador y abate.

Nunca tan bien dejó el pincel cautiva  
la figura simbólica y altiva  
de aquella negra edad de lo imprevisto...

¡Cuando, mostrando a Cristo en el destierro,  
se asesinaba con la fe de Cristo,  
y era la espada una gran cruz de hierro!

### Danae

(Del Tiziano)

Íntimas fragancias de la primavera,  
lúbrico abandono, desnudo gentil,  
palpitante el cuerpo con temblor de hoguera,  
y armonioso el seno de pasión febril.

Rubia como espigas la amplia cabellera  
sobre los nevados hombros de marfil,  
Danae la lluvia de oro y sangre espera,  
con los ojos fijos en el dios viril.

Mientras que sus ojos se elevan en ruego,  
y sus labios tiemblan como flor de fuego,  
y como alocado late el corazón,

y un extraño ritmo vibra en cada poro,  
¡Danae recibe lentamente el oro  
en la rosa negra de la tentación!

ALFONSO CAMÍN

## A suscriptores y corresponsales

Les advertimos que ya hemos recibido ejemplares de las siguientes obras, las cuales, por su excepcional valor literario unas y por su utilidad indiscutible otras, vienen siendo acogidas con general simpatía por todo hombre estudioso:

**Sin novedad en el frente**, por E. M. *Remarque*. (El mejor libro del mes. Millón y medio de ejemplares vendidos en tres meses)—Precio, cinco pesetas.—15 por 100 de descuento a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS.

**Los que teníamos doce años**, por *Ernesto Glaeser*.—Como la anterior, es esta hermosa novela histórica una formidable y viril acusación de la moderna juventud contra la barbarie guerrera.—Precio, cinco pesetas.—15 por 100 de descuento.

**El subjetivismo**, por *Han Ryner*.—Trascendental estudio filosófico que destruye con su lógica aplastante nuevos prejuicios.—Precio, una peseta.—25 por 100 de descuento.

**La educación sexual y la diferenciación sexual**, por el doctor *Gregorio Marañón* (Segunda edición).—Precio, cincuenta céntimos.—25 por 100 de descuento.

**Pequeño manual individualista**, por *Han Ryner*.—Precio, tres pesetas.—20 por 100 de descuento.

**Postales-retratos de ESTUDIOS**.—Se han publicado las series VII y VIII, esmeradamente impresas a bicolor.—Precio de cada serie, 1'50 pesetas.—25 por 100 de descuento.

**El amor sin peligros**, por los doctores *Gallier y Sutor*.—Acaba de editarse en Barcelona, por la Editorial Esmeralda, esta obra, excelentemente documentada, e ilustrada con grabados para su mayor comprensión. Expone el proceso de la fecundación y gestación de los seres, con vistas a la procreación racional y voluntaria, para la formación de una generación consciente y sana. Precio: en rústica, 3'50 pesetas; en tela, cinco pesetas.



Revisión



## Civilidad y convivencia

La propia vida es quien impone al hombre la solidaridad con sus semejantes. Fuera de la comunidad de los hombres, la vida humana ni se concibe ni tiene razón de ser. Los hombres viven en sociedad por una ley profunda que basta a explicar su misma biología.

Ahora bien; si nos es forzoso vivir en sociedad, lo natural es que, como seres racionales que somos, busquemos la mejor manera de convivir. Así se hace, en efecto, y así se ha hecho desde que el mundo es mundo. Los hombres mejor dotados ideológicamente recogieron y depuraron este instinto de la vida de relación para formar un cuerpo de doctrina sobre el mejor modo de hacer la vida en común. Pero la vida evoluciona, y con ella evoluciona también la doctrina de la convivencia.

La doctrina de la convivencia humana tenía que estar inspirada en la libertad del individuo y en el bienestar del grupo social. Y esto sólo era dable por una constante labor de civilidad, es decir, de cercenamiento de egoísmos. Esta labor secular empezó en remotas edades, y aún tardará algunas centurias en llevarse a cabo.

No obstante, en los tiempos que corremos el avance social es bien ostensible para no dejar lugar a dudas sobre la verdad de lo que decimos. Hoy todo el mundo admite que ningún hombre ha nacido para ser esclavo ni siervo de nadie, sino libre ciudadano de la sociedad civilizada. ¿Quién duda hoy que la esclavitud fué el mayor borrón de la antigüedad? ¿Quién es el que no reconoce también que el servilismo es el vilipendio de los pueblos bárbaros?

Pues, a pesar de esto, con harta frecuencia se olvida que ante Dios y ante la Ley todos los hombres son iguales. Y es de notar que el olvido de tal verdad se hace más patente en los sedicentes vicarios de la divinidad sobre la tierra, en los que, por su posición social, debieran mantener más en alto las normas puras de la ética. Pero es porque el pasado, el atavismo

pesa enormemente sobre la humanidad actual. Y para librarnos de este peso muerto, no nos queda más camino que acuciar el *sentido cívico*, esto es, despertar la civilidad, formar ciudadanos dignos, a base de hombres libres, leales y cultos.

Esta empresa incumbe de consuno al hogar y a la escuela. El culto a la ley, sabia y rectamente estatuida, es la característica de los pueblos civilizados. Los verdaderos ciudadanos saben que en las leyes tienen la salvaguardia y garantía del respeto mutuo y del buen vivir en sociedad.

\* \* \*

A menudo se infringe la Ley. Esto es notorio. Ello se efectúa por un doble juego, siempre reprobable: la malignidad de unos y la ignorancia de otros. Por eso es corriente oír decir que el mundo no está compuesto más que por dos tipos de hombres: los *tontos* y los *listos*, y que la mitad del género humano se dedica a engañar a la otra mitad.

Este criterio popular desaparecerá cuando se eleve el nivel medio de cultura en todos los estratos sociales. Es preciso transformar el medio ambiente político. La confianza florecerá en el mundo cuando la cultura popular tenga un contenido rico en jugos de madura ciudadanía. El ciudadano digno, que conoce la Ley, se rebela siempre contra todo acto de servilismo o menosprecio de la personalidad. El servilismo denota rebajamiento moral, vileza, degradación del ciudadano.

En cambio, el ideal de solidaridad humana engrandece el horizonte de inteligencia entre los hombres, estimula los más puros sentimientos altruistas y auna los generosos esfuerzos de esas voluntades, para las cuales la magna misión de la vida está en la práctica del bien.

Ahora se desatiende torpemente el cultivo escolar y familiar de las normas básicas de la

humana convivencia. Con ello retardamos el advenimiento del bien colectivo. Pensemos que lo social se nos impone biológicamente. Esa tendencia que algunos sienten hacia el ostracismo puede tener dos causas: una fatiga de hiperfunción ciudadana, o un fondo oseuro de atavismo beluino; en el primer caso, el ostracismo está temporalmente justificado; pero en el segundo debe ser combatido con el mayor ardimiento; en este sentido miramos nosotros con cierta sombra de recelo el fomento de entidades naturistas que tienden a vivir una vida de total aislamiento del resto de los mortales, buscando sólo su bienestar. El verdadero naturista es un hombre de vanguardia, un luchador formidable, pues su vigor físico debe ser puesto a prueba por la causa del bien, actuando sin desmayo en los medios más necesitados, al revés de lo que hacen ciertas órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza, que buscan, parásitas, los centros demográficos de mayor opulencia económica.

Tres lazos primordiales atan a los hombres en un haz común: *Amor, Lenguaje, Trabajo*.

El amor levanta los hogares. El lenguaje edifica los pueblos. El trabajo mueve el mundo. Y si la sociedad es inevitable, si la convivencia es forzosa, ¿a qué entorpecerla estérilmente? ¿Por qué no convivir del mejor modo posible? Esto es claro para toda inteligencia normal. Esto se le ocurre a todo el que tenga buen sentido. Esta semilla debe sembrarse en el hogar y en la escuela.

Pero se precisa no sólo conservar la convivencia humana, sino mejorarla constantemente. Bergamín, con gran sagacidad, ha dicho: "Dios ha hecho un reparto equitativo sobre la tierra de toda la riqueza, para que los pueblos no se bastaran por sí solos para cubrir todas sus necesidades, porque entonces nacería el egoísmo; así se ven forzados a defender los principios de la solidaridad, único medio de adquirir los productos de que carecen".

\* \* \*

La mejora de lo social se logra investigando las leyes de la convivencia humana. Si existe *a priori* un fin, habrá medios para su realización. Si hubiera algún ser humano tan obcecado que sostuviese la *no conveniencia* de la concordia social, del buen vivir en sociedad, del armónico

convivir humano, para ese tal estaría de más el conocimiento de las leyes sociales. Pero por fortuna tal aberración no es dable; al menos no es frecuente.

Dos disciplinas regulan fundamentalmente lo social: el *derecho*, regulador estricto y coactivo, que imprime *orden*, y la *moral*, regulador lato y voluntario, que reclama el *deber*; ambos constituyen la llamada conciencia social: focal el primero y marginal la segunda... Las *circunstancias mandan* y *nobleza obliga* son los postulados más conocidos de uno y otra.

En su *Ética científica*, el prestigioso profesor D. José Verdes Montenegro ha escrito: "El fin social creó un criterio de vida en común (dictamen de la opinión) cristalizado en hechos por la "fuerza de la costumbre", y que adquiere su declaración más precisa en el aspecto legal." La *lex escrita* no es sino la "expresión social" del derecho, y éste un vínculo humano que sujeta las buenas voluntades y... las malas.

Por eso dijo bien quien dijo: "Propagar la noción del Derecho es el mejor medio para asegurar su reinado".

LUIS HUERTA

---

## Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 25 por 100 de descuento. En las demás obras aquí anunciadas, el 20 por 100 en rústica, y el 15 por 100 en las obras encuadernadas. En los Diccionarios, el 10 por 100. Los pedidos cuyo importe líquido sea de 10 pesetas en adelante, se envían libres de gastos de franqueo y certificado.

Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado. Las suscripciones se abonarán por años anticipados (12 números, comprendido el Almanaque de 1.º de año, 6'50 pesetas para España, Portugal y América; y 8 pesetas para los demás países). Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

En los pedidos debe indicarse el título y autor de los libros lo más claro posible. Cuando alguno de los libros pedidos se halle agotado a en reimpresión, dejamos el importe a disposición del comprador, enviando libre de gastos el libro o libros elegidos en sustitución del que haya dejado de enviarse. Todos los pedidos se sirven inmediatamente de recibido su importe.

## Sinfonía espiritual

### Momento musical

La música es sutil suavizador del sentimiento y glorificador sublime del espíritu. La música es el infinito clamoreo de las cosas compendia-  
das en el sonido melodioso, síntesis armoniosa de todos los clamores de la Vida. La música es un sedante, un lenitivo del profundo dolor que nos dejó el amargo vivir y lo único que nos hace olvidar los egoísmos humanos, lleván-  
dos por la inefable escala sinfónica a la radian-  
te eternidad del Ensueño.

Yo he escuchado aventuras de Liszt y de Mozart y he sentido cómo mi espíritu empeza-  
ba a aletear gozoso y queriendo elevar su vuel-  
lo hacia las regiones infinitas de la fantasía. Yo he sentido dentro de mí los dulcísimos prelu-  
dios de una música nueva e incomparable, mu-  
cho más excelsa que la de Wagner; música he-  
cha con todos los extraordinarios y magníficos  
sonidos de la Naturaleza.

Para escuchar música ya no necesito fre-  
cuentar los salones de conciertos: basta con que  
yo quiera escucharla; basta con que yo quiera  
sentirla para que pronto los piafantes corceles  
de los vibrantes sonidos giren a mí alrededor.  
Yo soy todo melodía. El hombre es todo mú-  
sica, y cuando piensa, cuando surgen del arpa  
melódica de su mente ideas, ideas regenera-  
doras, plenas de ternura hacia todo lo doloroso,  
crea música. Cuando rememora las ilusiones  
de su ya ajada juventud y siente el fuego de las  
pasiones que murieron, crea música. Lo mismo  
crea música cuando recuerda el invierno y el  
verano, la primavera y el otoño. Grata sinfonía  
de las flores en los jardines públicos; música  
plácida y leve del viento en las tardes grises  
cuando los árboles sollozantes derraman sus  
lágrimas doradas sobre la tierra húmeda; melo-  
día vital de las lluvias en los días rebeldes,  
cuando el viento iracundo canta su imponente  
canción vital y el cielo muestra temibles fosfo-  
rescencias de una belleza aterradora; sinfonía  
caliginosa en los días estivales, cuando la tierra  
en lecho de fuego y los corazones están en  
perenne conflagración.

Música eterna y sin igual de todo lo creado.

Música que el hombre no puede ejecutar.

Armonía que es como una fraternal caricia  
y que anhela adormecer la bestialidad humana  
con su ritmo pausado y enternecedor.

Divina y eternal polifonía del espíritu y de  
la Naturaleza.

### Al Alma, en voz baja

Canta, alma mía, canta... Alza tu voz meló-  
dica, vibrante. Vayan las sonoras ondas de tu  
voz lejos, lejos; hasta donde haya un alma amo-  
rosa y tierna. Canta, alma mía, canta... Canta y  
regocíjate. Suenan las bulliciosas campanas del  
júbilo, que la Vida nos ofrece franco optimismo.  
¡La Vida! ¡oh, plenitud de vivir! ¡Palpitación  
constante del corazón inquieto y angustiado!  
Alma mía, canta, ríe y llora de ventura y festeja  
tu caminar por el Sendero. Mira cuántos soles  
brillan ahora en el espacio infinito; mira cuántos  
soles brillan, mira cómo tiemblan los soles, in-  
mensos corazones de oro puro sobre el espacio.  
Todo es luz en el mundo del espíritu; todo es  
luz y verdad. Mira cómo nos rodea la luz y la  
verdad. Mira cómo nos rodea la luz y la verdad,  
alma; cómo nos rodea el Bien, la Paz y el Amor  
sincero y fraternal del Hombre.

Ya empieza un nuevo destino para ti. Mar-  
cha adelante. Sigue el sendero de luz que pro-  
yecta sobre el camino interior la sabiduría  
acrática. Marcha sin temor ahora que has ven-  
cido a las vergonzosas pasiones de la Tierra, y  
vive esta nueva vida, eclosión de la Naturaleza  
que te brindan los afectuosos peregrinos del  
Sendero.

La felicidad está en ti. En ti irradian viva-  
mente los vehementes deseos del Ego superior.  
Tú llevas la esencia inalterable de la Eternidad,  
y la Eternidad fluctúa en ti como fuente de goce  
impeccedero. Ábrete lentamente como la rosa  
en el alba luminosa de la primavera, y deja que  
el fresco rocío de la Verdad ponga sobre tu al-  
tíva frente sus besos inmortales.

## LA AMBISEXUALIDAD

Edward Carpenter, en su ensayo sobre Homogenie Love—el amor homogéneo—nos ha procurado la ocasión de hacernos dar más profundamente cuenta de la significación de la homosexualidad.

En nuestra moderna organización social—escribe—reservamos nuestros sentimientos de simpatía más tiernos casi exclusivamente para el sexo opuesto; somos demasiado celosos, excesivamente temerosos de la concurrencia en lo que concierne a las personas de nuestro propio sexo. Si consintiéramos recibir y aceptar una lección de los homosexuales y experimentar simpatía hacia los seres de nuestro sexo, el sentimiento de solidaridad aumentaría grandemente en nosotros.

Frecuentemente sentimos compasión por los homosexuales, como si estuvieran ellos limitados en la elección de sus afecciones íntimas, pero olvidamos que en los heterosexuales se manifiesta la misma cuestión. Es como si los de la derecha compadecieran a los de la izquierda. Pero sólo los que sean tan hábiles con una mano como con la otra—los ambidextros—son quienes pueden reivindicar un lugar superior.

¡Quién sabe si llegará el día en que la clase superior sea la ambisexual, es decir, compuesta de gentes que experimenten la misma afección para uno como para otro sexo, según el acuerdo y la armonía de sus caracteres, sin considerar la diferencia de sexo como el punto principal! No será la diferenciación sexual el motivo que les atraerá, sino la simpatía humana por la persona. Estos seres superiormente dotados tendrán entonces el derecho de contemplarnos desde lo alto a los heterosexuales, como lo harán por los homosexuales, a causa de nuestras limitaciones.

Considerada desde un punto de vista científico la cuestión de los homosexuales, es de gran importancia para todos. Por su intermedio podemos darnos exacta cuenta de la situación que ocupamos en el mundo sexual.

No ignoramos que uno de los estados más primitivos de la gran escala de la evolución de las especies es el hermafroditismo o bisexualidad. Nosotros sabemos que al principio de nuestra propia formación embrionaria existe un período en el que, hasta cierto punto, somos bisexuales; nuestros órganos sexuales no se diferencian hasta más tarde en el útero durante el curso del desarrollo fetal, de suerte que al fin de cuentas es a la edad de la pubertad cuando cada persona es sexual e individualmente diferente.

Aun entonces la diferenciación no es absoluta. La mujer posee un clítoris como si ella fuera un hombre; el hombre está dotado de pezones como si fuera una mujer. Interiormente, en los individuos de cada sexo persisten algunos rudimentos del sistema excretorio del sexo opuesto.

En algunos casos excepcionales ha sido encontrado, asociados en el mismo individuo, tejidos testiculares y ováricos.

Hay, pues, en cada uno de nosotros una mezcla de dos sexos—exactamente como provenientes de una mezcla de los dos—. El tipo puramente macho y el tipo exclusivamente hembra son los ideales extremos de una infinita sucesión de estaciones intermedias.

Considerados desde este punto de vista, los homosexuales son un ejemplo típico e instintivo de esta mezcla. Ellos poseen los órganos reproductores de un sexo y las inclinaciones sexuales del sexo opuesto. Al mismo tiempo, en la elección de sus trajes, en la forma de componerse, en su conducta general, representan ellos un tipo intermedio entre los dos sexos. Deberían ser considerados como uno de los fenómenos de transición más importantes entre los dos tipos extremos que tenemos la costumbre de considerar como normales. Por otra parte, entre los mismos homosexuales, hombres o mujeres, podemos observar también una igual gradación de predominio masculino y femenino.

Estudiando esta fantasía de la Naturaleza podremos darnos cuenta—como ya ha sido observado en el terreno mental—que casi cada persona posee una doble naturaleza psíquica. El niño, en los primeros años de su infancia, no muestra preferencia alguna en cuanto al sexo de las personas que le agradan; por otro lado, él mismo no presenta ninguna característica sexual bien determinada. Estas características se diferencian gradualmente, y aun entonces la diferenciación no es del todo completa, ya que continuamos siendo siempre humanos. En el carácter personal de cada hombre encuéntrase los vestigios de algo que podemos denominar femenino — y masculino en cada mujer—.

En la mayor parte de los casos no es posible precisar exactamente si trátase de sexualidad mezclada innata dependiente de una causa anatómica o adaptada a un medio especial, o de una educación particular.

Mas el estadio de la civilización es desarrollado más claramente: se destaca la individualidad de cada persona humana. He ahí por qué es en las civilizaciones superiores donde las particularidades homosexuales manifiéstanse más distintamente. Son estos diferentes detalles los que producen la inmensa variedad de los tipos humanos.

DR. J. RUTGERS

Traducción de F. O.

## Para una antología de temas pedagógicos

# La infancia y sus derechos

La bancarrota de nuestra civilización no proviene de la impotencia del espíritu humano, que se esfuerza por triunfar del mal, sino que resulta de que el hombre ha dado tres grandes pasos hacia la ruina moral de la sociedad humana: quiero decir que se obstina en renegar de los derechos del ciudadano, de los derechos de la mujer y de los derechos de la infancia.

Por los derechos del *ciudadano* comprendo la democratización integral de todas nuestras instituciones públicas y de todas las funciones y atribuciones sociales de la vida moderna bajo todas sus relaciones económicas o estéticas. De todos según sus capacidades, a todos según sus necesidades: tal es el principio de solidaridad y de reciprocidad que gobierna en la familia y que debemos hacer triunfar en la sociedad futura, so pena de retroceder a la barbarie primitiva. En todas partes se ataca este principio, se establece la injusticia, que, en resumen, no es sino la desigualdad establecida como base de la sociedad humana.

Por los derechos de la *mujer* quiero decir la emancipación integral del sexo femenino de la dominación del varón. La sumisión de la

mujer al yugo político y económico del hombre, su existencia al lado del hombre, no como su igual en la evaluación intrínseca de los seres, sino como el satélite del esplendor celeste del hombre o como el pálido reflejo de su gloria; esa tiranía de todos los días ejercida contra la mitad de la especie humana, desmoraliza al hombre, rebaja a la mujer y hace que los hijos se resientan de la arrogancia del uno o de la sujeción de la otra. Es imposible que la humanidad marche hacia la conquista definitiva de la justicia social, si la mujer ha de permanecer como el juguete más o menos acariciado del hombre, sin ningún sentimiento de su alta misión como sacerdotisa del progreso humano, en virtud de su cualidad potencial de amante, de mujer, de madre, de inspiradora de todos los grandes sacrificios pasionales, filiales, cívicos, intelectuales. En cuanto la mujer sea libre de hallar su gloriosa carrera, los derechos de la infancia y de la adolescencia quedarán asegurados para siempre.

¿A qué tienen derecho la infancia y la adolescencia? Dicho de otro modo, ¿cuáles son sus derechos? Intentaré hacer un bosquejo-sumario

de esos derechos por tanto tiempo olvidados, trazar su filiación y su capital importancia.

Primeramente, según todas las leyes de la hospitalidad, el niño tiene derecho, desde su nacimiento, a la bienvenida. Le hemos invitado a que venga a nuestra casa; en nombre de la cortesía se le debe un buen recibimiento.

Es inocente de todo crimen; en el eco de sus gritos se cree oír la música del amor; la risa le es tan natural como las lágrimas. ¿Cómo negar el tributo de nuestra piedad a ese angelillo, ávido de nuestras caricias y de la leche nutritiva de su madre? Como invitado nuestro al banquete de la vida, está en su derecho de tratarnos de igual a igual.

Crece entre nosotros y aprende poco a poco el mecanismo del lenguaje. Todos sus mayores son sus preceptores: el universo es su escuela. Para aprender bien su lección, necesita ampliamente de nuestro amor, de nuestra simpatía, de nuestra perfecta buena voluntad para allanarle, en cuanto nos sea posible, todas las dificultades que puedan molestarle en la vida. Es seguro que la sociedad futura no tolerará que se castigue a los niños por haber venido a la órbita de nuestra existencia merced al impulso de causas extrañas a su propia voluntad.

El niño es pequeño, es débil, se puede amasar su inteligencia de modo que llegue a ser un estúpido, o se le puede dotar de cualidades intelectuales y morales de gran valor. ¿Qué va a hacerse de él? A su nacimiento, el carácter del niño es una tierra virgen: a nosotros corresponde poner en él las buenas semillas de la instrucción o dejar crecer las espigas y las plantas insanas de la ignorancia.

El niño es la franqueza personificada: ríe cuando es dichoso, profiere gritos dolorosos y vierte torrentes de lágrimas cuando es desgraciado; es sincero sin miedo y sin reproche. La sinceridad equivale a la verdad, y precisamente la reclama como su derecho.

El que engaña a un niño es culpable de una odiosa superchería. Desnaturalizando los hechos se desnaturaliza a sí mismo, al propio tiempo que corrompe la cándida inocencia de su víctima. En cuanto el hombre logra que la mentira se haga convencional y "adaptada" a las necesidades intelectuales de la infancia, puede considerarse como despojado del carácter de hombre honrado para hacerse envene-

nador de la inteligencia de las nuevas generaciones.

Sinceridad, solidaridad, simpatía: he ahí los principios que han de sentarse como base de la escuela, de la vida social, de nuestros entusiasmos individuales.

La *sinceridad* contiene la verdad, todas las verdades; aniquila todas las hipocresías, todas las reticencias; todos los equívocos de la ignorancia y todas las malicias de los que la explotan; descubre todos los misterios, denuncia todas las mentiras y pone fin a todas las falsificaciones. La luz, la vida, la salud, la verdad, son de la santa familia de la sinceridad. El niño es el sér adorado de ella, porque es el que la adora.

Solidaridad y sinceridad son hermanas gemelas. Cuando los padres y los profesores sepan ser sinceros con los niños, las nuevas generaciones serán solidarias de sentimiento y de amor con las que les precedieron. Tan malo es distribuir las mentiras entre los niños y las verdades entre los hombres hechos, como retener a la mujer en la ignorancia y la servidumbre en tanto que el hombre adquiere las ciencias y dicta las leyes que gobiernan la vida de todos los seres en la sociedad. La mentira no es la vía láctea del progreso humano.

WILLIAM HEAFORD



Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.

LECTOR AMIGO: Si crees digna y eficaz la labor educativa de ESTUDIOS, ayúdanos, comprándonos un libro, a matar el déficit que la amenaza. Esta Revista no obedece a ningún interés particular, sino a un elevado y noble propósito cultural. Se sostiene de la venta de de sus libros. ¡Ayúdanos con un pequeño esfuerzo para sacarla de la angustiosa situación en que se halla!


**Páginas de lines del siglo XVIII**
**Sobre el alma**


Nada hay tan absurdo, sin duda, como esa obstinación de las gentes que sistemáticamente dicen que el alma es una sustancia diferente del cuerpo. Su error proviene del orgullo con que suponen que este órgano interior tiene la facultad de poder sacar ideas de su propio fondo. Seducidos por esta primera ilusión, hay quien ha llevado la extravagancia hasta el punto de creer que nosotros al nacer aportamos ideas innatas.

Según esta ridícula hipótesis, de la parte que han denominado *alma* han hecho una sustancia aislada, acordándole el derecho imaginario de pensar abstractivamente de la materia de donde ella emana únicamente. Estas opiniones monstruosas sólo se justifican diciendo que las ideas son los solos objetos del pensamiento, como si no estuviera probado que dichas ideas nos vienen de los objetos exteriores, que, al impresionar nuestros sentidos, modifican nuestro cerebro.

Cada idea es, a no dudar, un efecto; pero aun cuando muy difícil sea ascender hasta la causa, ¿podemos suponer que ésta no existe? Si sólo merced a las sustancias materiales podemos tener la adquisición de las ideas, ¿cómo suponer que la causa de nuestras dichas ideas pueda ser inmaterial? Atreverse a sostener que se pueden tener ideas sin los sentidos, resultaría tan absurdo como decir que un ciego de nacimiento puede tener idea acerca de los colores.

¡No! y ¡no! No creamos que nuestra alma pueda manifestarse por sí misma o sin cierta causa en cualquier instante de nuestra vida: enlazada en absoluto con los elementos materiales que componen nuestra existencia, completamente dependiente de ellos, sometida siempre a las impresiones de los seres que necesariamente influyen sobre nosotros, y según sus propiedades, los movimientos secretos de este principio, vulgarmente llamado *alma*, son debidas a causas ocultas de nuestro propio inte-

rior. Creemos que esta alma se mueve porque no vemos los resortes que la animan o porque suponemos esos móviles incapaces de producir los efectos que admiramos.

El origen de nuestros errores consiste en que miramos nuestro cuerpo como si fuera materia bruta e inerte, siendo que este cuerpo es una máquina sensible, que necesariamente tiene la consciencia momentánea de la impresión que recibe y la consciencia del Yo, por el recuerdo de las impresiones sucesivamente recibidas.

Reténgase: sólo es por los sentidos que los seres nos son conocidos o que nos generan ideas; sólo es a consecuencia de los movimientos dados a nuestro cuerpo, que nuestro cerebro se modifica o que nuestra alma piensa, quiere y obra. Así, pues, ¿podría nuestro espíritu ejercerse en alguna otra cosa fuera de lo que conoce? ¿Y puede conocer alguna cosa que no la haya sentido?

Todo nos prueba de una manera patente que el alma obra y se mueve bajo las mismas leyes que las de los otros seres de la naturaleza; que no puede ser distinguida del cuerpo; que nace, crece, se modifica, en las mismas progresiones, y que, por consecuencia, perecen juntos. Dependiente siempre del cuerpo, se observa cómo tiene que pasar por las mismas gradaciones que éste: inerte en la infancia, vigorosa en la edad madura, helada en la vejez; su razón o su delirio, sus virtudes o sus vicios nunca serán más que el resultado de los objetos exteriores y de sus efectos sobre los órganos materiales.

¿Cómo con tan grandes pruebas de la identidad del alma con el cuerpo se ha podido llegar a imaginar que esa porción de un mismo individuo gozara de la inmortalidad, en tanto que la otra pereciera? Los imbéciles, después de haber hecho de esta alma, que fabrican a su manera, un ser simple, inextenso, desprovisto

de partes, absolutamente diferente, en una palabra, han pretendido que de entre todo lo que conocemos, el alma no está sujeta a las leyes que encontramos en todos los seres de quienes la experiencia nos demuestra la descomposición perpetua.

Han partido de esos falsos principios para persuadirse de que el mundo tenía también un alma espiritual, universal, y han dado el nombre de Dios a esta nueva quimera, de la cual la del cuerpo viene a ser una emanación.

De ahí la existencia de todas las religiones con todos sus absurdos fabulismos y de todos los sistemas gigantescos y fantásticos que necesariamente tenían que resultar de esa primera extravagancia; de ahí las ideas romanescas de penas y recompensas después de esta vida: el absurdo más indignante de entre todos, porque si el alma humana fuera una emanación del alma universal, o sea del Dios del universo, ¿cómo había de poder ser digna o indigna de tener mérito? ¿cómo eternamente encadenada al ser de donde emana podría ser libre y después castigada o recompensada como tal?

Que los sectarios del infundado sistema de la inmortalidad del alma no vayan a darnos su universalidad como prueba de su realidad. Nada hay tan simple como el prodigioso alcance de esta opinión; ella contiene al fuerte y consuela al débil, ¿qué más le hacía falta para propagarse? En todos los lugares los hombres se juntan, y por todo con las mismas debilidades tienen que caer en los mismos errores. Habiendo inspirado la naturaleza a todos los hombres el más vivo amor por su propia existencia; la eternidad de esta existencia se convirtió en un deseo necesario; pronto el tal deseo hubo de ser certitud, y más pronto todavía un dogma.

Fácil era de presumir que los hombres así dispuestos habrían de escuchar con avidez todo lo que les anunciara ese sistema. Pero el deseo de una quimera ¿puede alguna vez llegar a ser la prueba incontestable de la realidad de esa quimera? También la vida eterna de los cuerpos se desea, y sin embargo dicho deseo es frustrado. ¿Por qué, pues, el de la vida de nuestra alma no lo puede ser igualmente así? Las más simples reflexiones acerca de la naturaleza de esta alma debieran convencernos de que la idea de su inmortalidad no es más que una ilusión.

¿Qué es, en efecto, esta alma sino el principio de la sensibilidad? ¿Qué es pensar, gozar, sufrir, sino sentir? ¿Qué es la vida sino el conjunto de esos diferentes movimientos propios de los seres organizados? Tanto es así, que una vez el cuerpo cesa de vivir, la sensibilidad ya no puede ejercerse. Ya no existen en él ideas, y por consiguiente tampoco pensamientos. Las ideas sólo pueden venirnos pues por los sentidos. Luego cómo se quiere que una vez privados de dichos sentidos, aun tengamos ideas? Ya que se hace del alma un sér separado del cuerpo animal, ¿por qué no se ha hecho de la vida un sér distinguido del cuerpo viviente?

La vida es la suma de los movimientos de todo el cuerpo; el sentimiento y el pensamiento constituyen una parte de dichos movimientos; así pues, en el hombre muerto esos movimientos cesarán como todos los demás. ¿Y por qué clase de razonamiento se pretende probarnos que esta alma que no puede sentir, pensar, querer, obrar, si no es mediante sus órganos, pueda tener dolores o goces, y hasta tener también la consciencia de su existencia cuando los órganos trasmisores se hallan descompuestos?

¿No es evidente que el alma depende de la disposición de las partes del cuerpo y del orden según el cual dichas partes concurren a realizar sus funciones? Así, la estructura orgánica, una vez destruída, se puede afirmar que el alma también ha dejado de vivir. Acaso ¿no vemos durante todo el curso de nuestra vida, que esta alma está alterada, inquieta, turbada por todos los cambios que sienten nuestros órganos? ¿Y aun se tiene la extravagancia de imaginar que esta alma es necesario que obre, piense, subsista, cuando esos mismos órganos habrán desaparecido por completo? ¡¡Qué tamaño absurdo!!

El ser organizado puede compararse a un reloj, que, una vez roto, ya no es propio para el uso que debía dar. Decir que el alma sentirá, pensará, gozará, sufrirá después de la muerte, es pretender que un reloj roto en mil cachos pueda seguir indicando las horas. Quienes nos dicen que nuestra alma puede subsistir no obstante la destrucción del cuerpo, sostienen, naturalmente, que la modificación de un cuerpo podrá conservarse después de que el sujeto haya sido destruído.

FRANCISCO DE SADE



Medicina y Biología

## Del estómago y el corazón



### I

En biología le corresponde el primer puesto al estómago; en la tradición romántica de nuestra especie, el segundo. El hombre aparenta siempre sobreponer el corazón al estómago. La verdadera situación jerárquica se mantiene francamente en el resto de la escala zoológica; los demás animales de la creación no ocultan el predominio de las funciones digestivas sobre las circulatorias. Así sea en el mamífero superior, que mueve y orienta su existencia alrededor de las necesidades nutritivas, como en el ínfimo invertebrado, protozoario, celenterado o equinodermo, donde las actividades vitales se desenvuelven en torno a los primeros bosques del aparato digestivo. Desde la gran vacuola, rudimento inicial del mismo en el cuerpo protoplasmático de los seres primordiales o monocelulares, hasta el celoma y la cavidad gastrovascular de los metazoarios, donde se marca el principio del desdoblamiento del aparato digestivo en aparato circulatorio.

Para los sentimentales, estas primeras líneas ofrecen las ingratas promesas de un amargo desencanto; pues, según la historia natural, el corazón resulta ser un desprendimiento del tubo gastrointestinal, de la misma manera que lo son, por otro lado, los pulmones, las glándulas abdominales y las demás vísceras elementales de la vida vegetativa. Mundo aparte en la organización animal, son los tejidos nerviosos, donde radican los centros sensitivos y sensoriales, las facultades psíquicas e intelectuales de nuestra vida de relación.

Pero entre el estómago y el corazón no hay la distancia que los moralistas y los psicólogos han imaginado. Sobre todo para ubicar con tal pretexto, en el primero, los sentimientos egoístas, los instintos de la materia, la filosofía de Sancho Panza y dispensar al otro la localización de cuanto hay de generoso, de elevado y

de altruista en el espíritu humano. Pues la fibra gástrica es de la misma cepa histológica que la cardíaca, con la ventaja de su parte que le precede en la evolución filogénica y que mantiene aún en el individuo, es decir, ontogénicamente, un ascendiente sobre la otra. De ahí las mil y una manifestaciones reflejas que ofrece el corazón, de origen gástrico, que todos han observado alguna vez, y que diariamente confunde a entendidos y profanos.

Nos cuesta creer que el noble corazón, de origen gástrico, se rinda con tanta frecuencia a las pequeñas miserias de su vecino de abajo. Parecería en esto que hasta la anatomía se complicara un poco para inducir en un error. Un gran músculo, el diafragma, que parte en dos la caja del cuerpo, separa, a modo de pared medianera, la cavidad torácica, hacia arriba, donde mora el corazón, de la cavidad abdominal, hacia abajo, donde se aloja el estómago. Anatómicamente, pues, el nivel de cada uno está perfectamente señalado, y coincide en un todo con el prejuicio histórico; tal posición, además, debiera alejar todo temor de confusión clínica. Las palpitaciones, las ansiedades, los latidos al alcance de la mano, han de responder siempre a emociones del alma, a delicados motivos del sentimiento, a exquisitas expresiones de la pasión. Cuesta admitir que el oscuro compañero, órgano de subalternas operaciones físico-químicas de la digestión, laboratorio silencioso y admirable de transformación y elaboración de todas las sustancias nutritivas que ingerimos, sea capaz de tener alguna influencia sobre dichas y tan selectas actividades.

La literatura, la poesía, el arte, la religión misma, así lo han querido; del corazón han de morir todas las heroínas, las pecadoras y las santas. No hay autor que consienta a su protagonista el más mínimo accidente del estómago. Sin embargo, la patología gástrica no es patrimonio exclusivo de nuestro siglo; los antiguos

conocieron un buen lote de sus principales y más importantes manifestaciones. Entre otras, la vulgar dispepsia hiperclorhídrica, azote de los grandes comilones de todas las épocas; los romanos construían, adyacentes a los suntuosos cenáculos, vastas piletas llamadas "vomitorios", donde los convidados se dirigían, entre plato y plato, a desocupar el contenido ácido del estómago para poder seguir saboreando los apetitosos manjares.

La úlcera, la colitis, la apendicitis, los trastornos funcionales orgánicos e infecciosos del aparato gastrointestinal, son tan viejos como el mundo; solamente la índole de sus síntomas mantiene escondida su trascendencia mórbida. Se sobrellevan las dolencias del aparato digestivo con una resignación y tolerancia verdaderamente estoicas; de una parte, porque es poco elegante quejarse de mal de estómago; por otra, porque el pobre órgano tarda en declararse enfermo. Dotado de una capacidad de resistencia a toda prueba, que le viene de su larga carrera biológica a través de todas las especies existentes, el sistema gástrico puede soportar, por razones de tal herencia y por adaptación al género humano, el sínfin de imprudencias y desarreglos de que le hacemos víctima diariamente.

## II

Indiferente, por lo menos en apariencia, al mundo exterior, sus tejidos trabajan calladamente, proveyendo a la nutrición de todo el organismo y sin distraerse para nada de tal ocupación; el cerebro, el corazón, los pulmones, comunican una parte de actividad al medio ambiente, al cual dedican, respectivamente, ideas, latidos y contracciones respiratorias. Los tres mantienen, en el plano superior de la vida, las funciones del pensamiento, de la acción y del amor, privilegio y gala de nuestra especie; al otro, le corresponde modestamente la función vegetativa de preparar y absorber la savia que, distribuída a las células, provoca la energía y el calor de tales actividades.

Mientras la armonía interior, la llamada sinergia funcional, subsiste, la mutua relación descrita no se advierte siquiera; el mecanismo del aparato gastrointestinal es rigurosamente involuntario e inconsciente, no deja traslucir el menor signo de su esfuerzo. De ahí que la bue-

na digestión consista, según la frase corriente, en "no saber que se tiene estómago". Darse cuenta de él, en efecto, es empezar a padecerle; el estómago sano debe ignorarse prácticamente. En cambio, debe conocerse mejor que a ninguno, desde el punto de vista teórico, fisiológico e higiénico. Para poder prevenir, evitar, corregir a tiempo el primer gesto de reacción mórbida; entre una dispepsia trivial y una gastritis de cruenta duración, la distancia, es, a veces, insignificante. Basta saber lo breve que es el trecho entre la mucosa, túnica interna de la cavidad gástrica, cuyas lesiones son fácilmente curables, y la zona glandular, la túnica media, asiento de las afecciones graves e irreparables, tales como la úlcera y el cáncer. La inteligencia personal y la competencia médica deben asociarse para descubrir el peligro con la requerida oportunidad, siendo el mejor recurso para ello la ilustrada versación pública sobre tales conocimientos.

Las enfermedades del estómago tienen, en efecto, como principales aliados, la ignorancia, el descuido, la indiferencia popular. En ese frente único se agrupan, democráticamente, todas las clases sociales; para el error todos somos iguales. Y, con igual culpa, contrae una gastritis hiperclorhídrica, con acideces, ardores y vómitos, el rico que come noche a noche con champagne, de las cocinas de Brillat-Savarin, refinada, excesiva y sabiamente condimentada, que el pobre, condenado a darle sabor a las sopas y al puchero insípido con picantes y salsas indigestas. Hacia el acierto, es decir, para la verdad, la justicia o la razón, el camino empieza a diferenciarse; en este punto, la higiene es un modo de aristocracia, en cuanto divide a la humanidad en hombres de buena y mala salud, lo que es más importante, seguramente, que la historia, que clasifica las sociedades en ricos y pobres.

Filosofías aparte, el secreto de los males de estómago reside en las inclemencias de nuestro trato, en el abuso a que sometemos su uso, en las vicisitudes inexcusables a que se exponen sus funciones. Del régimen, de la dieta, de la ponderación alimenticia se acuerda la gente cuando el aparato gástrico, agotado por los excesos y las transgresiones fisiológicas estalla en síntomas mórbidos más o menos agudos y alarmantes. Siempre, sin excepción, la anamne-

sis, vale decir, los antecedentes personales del paciente, es larga y accidentada; desde la primera avería, atendida al pasar, con una cucharada de bicarbonato o un paquetito de bismuto, que brinda algún comedido, hasta el proceso catarral o inflamatorio definitivo, pasan tres, cinco, diez y más años. El buen órgano aguanta lo que puede los golpes de la suerte; soporta en silencio, se rebela ligeramente, se hace sentir de tanto en tanto, como para advertir a su dueño, y se rinde al dolor y a la quiebra orgánica cuando las últimas resistencias de su admirable mecanismo se han agotado.

### III

Comidas a deshora, masticación insuficiente, mala elección de los alimentos y peor preparación culinaria son, en breve síntesis, la secuela de causales higiénicas. Al margen de éstos, coloque cada uno lo que su propia experiencia le ha mostrado. El lector inteligente ha de ser un colaborador obligado del autor, y se tendrá el resto de lo que venimos enseñando; precisamente contamos con tal sugestión de ideas para hacer útil y provechosa la presente colaboración. Pues, como los demás temas de higiene, éste es eminentemente práctico y objetivo: tan al alcance del humilde propietario que desequilibra el rendimiento de su máquina animal con un mal presupuesto del racionamiento alimenticio, como del desocupado caballero que complica con los tes de las cinco el régimen de sobrecarga nutritiva que abrevia y trastorna la salud. Por los dos extremos se llega al mismo desvío, pues la deficiencia y el exceso son igualmente nocivos. La única diferencia, a veces, es que el dispéptico gordo ha de concluir por el lado de la diabetes o de la degeneración grasosa del corazón, y al dispéptico flaco le toque irse por el de la tuberculosis, pálida compañera de los débiles y de los pobres de cuerpo...

Tales nociones son elementales para la higiene individual y colectiva, asumiendo en estos momentos, que se viene hablando hasta de un "Congreso del Hambre", en Europa, las proporciones de un problema social; entre los alimentos, asunto principal de la carestía de la vida, y el arte de alimentarse, factor científico dominante, se agitan los términos de la solución que se reclama urgentemente en todos los pueblos. La faz económica apuntada es obra de

gobierno; la otra es esencialmente cultural. De ahí el empeño de perseverar, desde nuestra habitual tribuna científica, el libro, el periódico o la conferencia pública, en la difusión de las respectivas enseñanzas. Pero rehuendo, como siempre, la tentación de especialistas, de hacer cátedra, y la debilidad pedagógica de decirlo todo, sin tecnicismos y sin intención de agotar el tema, nos conformamos con llevar al espíritu de las gentes el interés y la atención que les corresponde. Lo demás es fruto de la propia cosecha; basta observarse para sorprender un mundo de fenómenos interesantes y originales. Sobre todo, en el terreno de la neurología, pues el sistema nervioso ocupa una gran zona de la patología gástrica; de balde la mayoría imagina que el corazón es el más influenciado. Hasta para el amor se necesita buen estómago, dice, en alguna parte. Max Nordau, y así es.

La reproducción, en las formas inferiores de la vida, es un lujo o un punto máximo de nutrición, y en las especies selectas no pierde en lo más hondo el proceso el recuerdo de tal vínculo biológico. La vanidad antropomórfica que unió al hombre en el centro de la creación, a la tierra en el centro del sistema planetario y a Dios en el centro del cielo, localizó en el corazón la pasión central de la existencia. Al desplazamiento y corrección de los demás errores sigue la enmienda de referencia; al estómago concierne la edificación del individuo hasta su plenitud fisiológica y biológica y luego la salvaguardia de la función procreadora, principio y fin del instinto sexual y de la afinidad electiva, localizado aparentemente en la medula espinal y en el corazón. En realidad, todas las impresiones y emociones pueden reflejarse en el estómago, cuando éste ha perdido la resistencia nerviosa que le hace indiferente e imperturbable a los acontecimientos exteriores y a las sacudidas del mundo exterior.

### IV

Las dispensias nerviosas, tan despreciadas y desatendidas un poco por todos, son estados gástricos que se producen por tan sencillo mecanismo: lo mismo en el poderoso financiero, que se desquicia entre el febril movimiento de sus operaciones bursátiles, que en la niña romántica que se consume padeciendo "las primeras penas del corazón". Pierde el apetito,

sufre dolores, calambres o espasmos, vomita o siente peso inmenso en el hipocondrio izquierdo, la humilde obrerita que agota su delicado sistema nervioso en la dura jornada, sin higiene y sin descanso, como el robusto patrono o propietario que salta al automóvil, con el estómago repleto, para correr a multiplicar sus capitales; de la misma manera, la pobre madre que pasa por la angustia de temer por el pan del hijo que lleva en su seno, como la encumbrada dama que no consigue consolarse de la privación de un palco en el Colón o de un sombrero de moda.

La vida moderna ha puesto al estómago poco menos que en la superficie, a flor de piel. El estómago, órgano sensorial. Urge reaccionar si queremos salvarnos de los más serios trastornos que pueden amenazarnos en el orden sanitario. No se trata de enfermedades microbianas, contagiosas o infectantes, pero sí de un mal individual y colectivo, de la mayor trascendencia para el progreso de los pueblos. El sujeto dispéptico, colítico, enfermo del estómago, sea orgánica o dinámicamente, es decir, atacado en sus tejidos o simplemente trastornado en sus funciones, se hace de mal carácter, de temperamento difícil, de humor inestable; en una palabra, víctima de su propia desgracia y con lamentable tendencia para hacer la desdicha de los demás. Felizmente casi todos son curables, pero no lo saben o no procuran saberlo. Pues se hallan encerrados en un círculo vicioso, que no les deja ver la salida, constituido por dos sectores, el arco gastrointestinal y el arco nervioso; unas veces, la corriente morbógena va del primero al segundo; en otras, a la inversa.

Corresponde al médico deslindar el origen clínico del primer eslabón y abrir la cadena por donde sea posible; el paciente escapa a su mal como un pájaro de la jaula, mirando las rejas de la prisión. Las del estómago están hechas de finos filetes nerviosos, provenientes del décimo par craneano o neumogástrico y del vasto plexo solar del "gran simpático"; el bulbo y la médula son los troncos nerviosos de la inmensa red que envuelve al estómago, proyectando por ella el estímulo para sus funciones secretoras y motrices. Una disminución de tono en dichos centros nerviosos puede producir, sea un ejemplo entre mil, un relajamiento en la contractilidad de la túnica muscular del estómago, la tan fa-

mosa y difundida dilatación; luego, el estómago dilatado refleja a la zona sensitiva de esos mismos centros bulbares las modificaciones que sufre, y, de camino también, por conexiones nerviosas, al corazón y aun a los pulmones, estableciéndose cortos circuitos de dolores simpáticos, que confunden y embrollan el proceso inicial.

Otras veces es a la inversa: las cosas empiezan por un relajamiento de las paredes gástricas, y el mecanismo en conjunto es el mismo, variando solamente el punto de partida y el detalle científico, vale decir, el criterio de diagnóstico y el procedimiento terapéutico. Lo demás, el resultado curativo, es tan fácil y posible en ambos casos. Basta con señalar, en esta colaboración para ESTUDIOS, la tendencia a la cronicidad de todos estos padecimientos, para apreciar la índole benigna que los distingue en general; lo que se trata, precisamente, es de anticiparse y salvar ese estado de invalidez permanente y perdurable, que trastorna y anula capacidades fundamentales de nuestra organización. Pues el espíritu, la inteligencia, el amor, lucen con el corazón y se alimentan del estómago. (De *La Nación* de 16 de Diciembre de 1923.)

ENRIQUE FEINMANN



## NOTICIA

Nos anuncia nuestro particular amigo José Sánchez Rosa que tiene ya en prensa la novena edición de su excelente y utilísima obra *El Abogado del Obrero*, y que en breve podrá, por tanto, satisfacer la continua demanda de ejemplares del mencionado libro, que ha venido a ser, indiscutiblemente, una necesidad imprescindible para el funcionamiento de toda organización y para la vida civil de todo español. Avalora esta nueva edición con la introducción de todas las disposiciones últimamente legisladas y que a juicio de su autor es de utilidad su conocimiento, con lo cual sufre la mencionada obra un aumento considerable de páginas, que determinarán un aumento relativo de precio; pero ese aumento quedará sobradamente compensado por la mayor utilidad de la obra, que vendrá a ser como una enciclopedia de la legislación obrera.—Pueden anticiparse pedidos ya a su autor, calle Enladrillada, 49, Sevilla, y a esta Administración.

# EVANGELIO REBELDE

## CREDO

### MI DIOS

Mi Dios: *todo*.

Mi Dios es todo lo que existe.

Mi Dios es el Universo.

Todo es Dios, y nosotros somos partes de Dios.

Dios no está fuera de la máquina; está en la máquina; es la máquina misma.

Mi Dios puede ser admitido por los católicos más fervientes y por los ateos más científicos.

"Dios, para ser Dios, debe ser infinito", dicen los teólogos.

El Universo es infinito. El vacío no existe. El vacío sería el *no Dios*. Entre astro y astro se encuentra el éter. Lo prueba la luz de las estrellas que llega hasta nosotros. Para llegar necesita vibraciones, y para que haya vibraciones se necesita algo que vibre; a *eso* se le ha llamado éter.

Y astros y éter son un riego infinito de materia.

"Dios debe ser todopoderoso."

Siendo Dios *todo*, todo lo que sucede en El es obra.

"Dios debe ser sumo bien."

Si Dios obra en sí mismo y por sí mismo, en El no hay maldad. Cualquier acto reputado como malo, sería hecho por Dios y contra Dios mismo.

"Dios debe ser suma justicia."

Si no existe la Maldad, no hay necesidad de Justicia. Dios no tiene necesidad de ser suma justicia. Y si lo fuera, no tendría en quien ejercerla, porque todo es El.

Dios no necesita que le adoren. Sería irrisorio que una de las partes adorase al todo. Para amar a Dios, basta amarnos a nosotros mismos y amar todo lo que existe. Para pedir a Dios, basta pensar y trabajar.

Dios vive en nosotros.

Negar a Dios sería negarnos nosotros mismos.

Sacar a Dios de nosotros sería hacernos *nada*.

A Laplace, en su admirable teoría sobre la formación de los mundos, le faltó una prueba, la principal: de dónde provenía la *Materia*. Si Laplace hubiera dicho que la materia es Dios, lo habría dicho todo.

Si el hombre, que es átomo imperceptible de Dios, piensa, Dios inmensidad debe tener su *gran pensamiento*.

La *fuerza* es un resultado del pensamiento de Dios. Ella se manifiesta bajo las formas de calor, luz, electricidad; y éstas transforman la materia en mundos con cuerpos simples y compuestos, orgánicos e inorgánicos. Los colores no son más que ilusiones que nos presenta la luz - Dios (la materia) por su agente la *fuerza*; nos presenta este complicadísimo Universo, que en su esencia es simplísimo.

Dios todo lo sabe, porque todo sucede en El.

Dios todo lo hace, porque todo sucede en El.

Dios es una infinita máquina accionante.

### MI RELIGIÓN

Mi religión: la *Ciencia*.

Yo tengo una religión que rinde culto al Bien y a la Verdad.

Una religión que busca lo positivo.

Ella también tiene sus dogmas, que son los axiomas.

Tiene sus ritos, que son los métodos.

Tiene sus pontífices, que son los sabios.

Tiene sus apóstoles, que son los maestros.

Y tiene sus sacerdotes, que son todos los estudiosos.

Tiene su gran templo, que es la Naturaleza; y sus oratorios, que son las escuelas y las bibliotecas. Por medio de ellos se está en con-

tacto con Dios. No se estudia la obra de Dios, sino a Dios mismo.

Yo rezo cuando estudio, cuando trabajo y cuando pienso.

Mi religión no es una religión que se estanca: progresa indefinidamente; cada día que pasa se transforma, se amplía.

Su camino se pierde en el infinito.

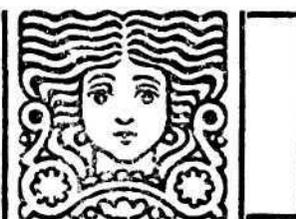
Sus apóstoles han sido, entre muchos: Arquímedes, Galileo, Newton, Laplace, Darwin, Edison...

Para ser neófito de mi religión no se necesita creer con ciega fe; se necesita razonar sin acaloramientos, observar con imparcialidad y dudar con prudencia.

Sus ceremonias tienen la majestad de Dios; las corea el mar, las inciesa la selva, las alumbran los astros, las cantan los poetas y los pájaros y las ofician los sabios sobre altares de montañas, bajo las bóvedas del cielo.

ALCIDES GRECA

## Puntos de actualidad



Rigaudin es la víctima, que después de asesinada, fué cortada o aserrada a pedazos y facturada en una maleta.

El crimen permanece en el misterio. Es probable que ese misterio dure tanto como el que rodeó la muerte de Felipe Daudet.

Rigaudin y su madre frecuentaban los medios avanzados. Además, propagaban el neomalthusianismo y expendían los prácticos procedimientos anticonceptivos.

Esto, para el Estado y la burguesía, es un daño incalculable. La madre de Rigaudin fué hallada asesinada en su domicilio, en el mes de abril pasado. Su hijo lo ha sido algunos meses después, en condiciones atroces y espeluznantes.

No se hallan los autores de esos dos crímenes inauditos y tal vez *pour cause*.

No tenía adversarios personales—dícese—; llevaba una existencia sobria y retirada, y no obstante ha perecido víctima de un crimen horroroso.

Ser enemigo del orden actual de cosas es tanto como estar en la susceptibilidad de perecer de una manera más o menos misteriosa, como Daudet o como Rigaudin.

•••

Cual Zarathoustra moderno, Alain Gerbaut se había internado en la soledad, como para huír del "mundanal ruido". El símbolo de Nietzsche había elegido la montaña, mientras el tenis-

man vuelto misántropo se lanzó por los dominios acuáticos de Neptuno.

Solo dentro de su frágil "Fire-Crest" el snob aburrido surcaba las olas que con su ruido monótono le aislaban del bullicio de la alta sociedad.

Pero antes que Zarathoustra, añoró el seno de la humanidad, y como buscando el fuerte contraste, se ha sepultado nuevamente en el corazón más podrido de aquella sociedad, de la que parecía haber huído con asco eterno.

Ahora, es el "clou" de todas las grandes manifestaciones de la sociedad. En los festejos en donde pulula la burguesía más liviana y más mundanal, allí es traído Gerbaut el ex solitario, como algo de raro, de original, de fenomenal. En realidad, Gerbaut es una reconquista de la sociedad que le amamantara. Vuelve a su mamá.

F. BARTHE



Toda la correspondencia, giros, certificados, valores, etc., diríjense de la siguiente forma:

Sr. D. J. Juan Pastor

Apartado 158.—VALENCIA



*En esta Sección publicaremos un juicio crítico de todas aquellas obras cuyos autores o editores nos remitan dos ejemplares.*

**Los que teníamos doce años**, por E. Glaeser.—Otro libro de actualidad, antiquertero, es el de Glaeser, publicado por la Editorial Cenit. Quien nos da en él la impresión dolorosa de la guerra es un espectador infantil. Un niño curioso que a los doce años miraba el mundo de los mayores con viva curiosidad no exenta de hostilidad y desconfianza. Un niño a quien se le antojaba igualmente misterioso el secreto sexual, celosamente oculto, que la conducta extraña de los mayores. Que creciendo de otro mentor que las confidencias de amigos, ha de buscar la verdad por sí mismo. Desde el punto de vista psicológico como desde el sexual, sus confidencias son valiosas.

La afectividad de este niño es herida vivamente por el trato cruel que el profesor del colegio da a un débil niño que acepta sumiso todos los malos tratos. Por la hostilidad con que es mirado en el pueblo un comandante retirado que no compartía los entusiasmos e ilusiones nacionalistas. La miseria de las familias obreras y la detención, por un comisario despótico, del padre de su amigo Augusto, obrero socialista que es el alma de una huelga en la fábrica. El mundo de los mayores se le aparece saturado de odios y de crueldad. Vive la explosión de odios nacionalistas que precedió a la guerra; su amistad con un niño francés, que habían de esconderle de los mayores como un delito. Pero de súbito, todos los odios y diferencias desaparecen. Los hombres más distanciados por sus ideas o por su situación social, se abrazan y confraternizan. Ha estallado la guerra que todos deseaban como un hecho apoteósico. El entusiasmo se desborda. Corre la cerveza. También el niño espectador se ve contagiado, y celebra aquel hecho como un suceso venturoso, que tiene la virtud de hacer a todos hermanos. Los primeros triunfos eran como un

vapor que se les subía a la cabeza, que acrecía el entusiasmo y las proporciones de aquella locura colectiva. El tiempo lento que fué adquiriendo la guerra, las hambres que impuso el bloqueo, la inquietud por un triunfo que se veía cada vez más lejano, las noticias de bajas que llegaban a alcanzar proporciones aterradoras, y las noticias frías, y las protestas y críticas que venían del frente, fueron acabando con aquel entusiasmo, fruto de una educación y una literatura belicosas. El pueblo no escuchaba ya tanto las voces del entusiasmo oficial que destilaba la prensa, como la del estómago insatisfecho, o la de las pérdidas de seres queridos. Cada cual empezaba a juzgar la guerra por el beneficio que de ella obtenía. Y se empezó a ver claro en aquella gran superchería. Había quienes vivían de ella, quienes obtenían pingües ganancias, y quienes se emboscaban. Los odios renacieron, así como toda la miseria de las intrigas humanas. El mundo de los mayores recobraba su crueldad.

La novela tiene páginas admirables, plenas de emoción. Vivisecciona el estallido de la guerra deseada por todos los espíritus, que no encontró más resistencia que la de aquel comandante filósofo, que se reía de la ilusa pretensión de los socialdemócratas de oponer a la guerra la fuerza de sus organizaciones. Pone al descubierto la maraña de aquel proceso que llegó a seducir a los más escépticos pacifistas, a los idealistas más huraños.

Sus confidencias sexuales suponen un nuevo valor en la novela. Son la protesta contra el secreto y sigilo en que se mantiene la cuestión sexual por parte de padres y educadores. La curiosidad del niño es siempre más fuerte que todos los velos con que se quiere cubrir el "misterio".

Un tierno idilio, roto de súbito y de modo

horrible, por uno de aquellos bombardeos aéreos, sembradores de espanto en la población civil, ya harta de la guerra, pone a la novela un bello final amargo.—I. P.

**La Universidad del Porvenir**, por José Ingenieros.—Un notable acierto de la Editorial "Vértice" lo constituye la edición de este valioso libro de Ingenieros. La obra de pensadores de la talla del insigne autor de *La simulación en la lucha por la vida*, debe ser incessantemente difundida. Darla a conocer es labor meritoria, es prestar un excelente servicio a la cultura y al progreso.

José Ingenieros, pensador de cultura vastísima, espíritu inquieto, batallador incansable en pro de todo lo elevado, sin adolecer del exclusivismo estrecho del sectario, es uno de los hombres representativos de mentalidad más alta de la América hispana. A pesar de haber muerto en plena madurez intelectual, cuando era de esperar que de su mente brotaran los frutos más sazonados, su obra, densa y profunda, es de un valor positivo y de una superior categoría.

Se le ha tildado de individuo que apunta a muchos objetivos sin afinar la puntería en ninguno. Nada más inexacto. Ingenieros es todo acción. Su perenne inquietud, su insaciable avidez intelectual, le impulsan a inquirirlo y estudiarlo todo. Así estudia las ciencias físico-naturales y las médico-biológicas; cultiva las ciencias sociales y las letras; se especializa en Patología nerviosa y mental; explica Psicología en la Facultad de Medicina y Letras; se adentra en el estudio de la historia de la Filosofía; lo estudia todo, en una palabra. Pero no se limita a estudiar, sino que al mismo tiempo actúa, avanza por todos los caminos, dejando en ellos honda huella. No se dispersa inútilmente. En América hace falta romper la marcha en todos, y él acomete tal empresa. Como el espolón de un navío rompe el hielo, así rompe él, marcando rumbos y abriendo paso a las nuevas generaciones. Mucho le debe la actual formación cultural de América. Las diversas disciplinas que estudia y cultiva con admirable acierto, son una consecuencia de su inquietud; pero esa inquietud está determinada por las corrientes de la época en que vive.

"Era necesario—dice Sánchez Viamonte—emancipar a la ciencia de la teología, a la

historia de la leyenda, al hombre del temor a las verdades peligrosas, a la juventud del miedo al porvenir. Ingenieros lo hizo con tanta gracia y desenfado, que más parecía un artífice que un luchador."

Abrir caminos, trazar rutas, fué su misión, y la llenó tan cumplidamente, que actualmente empieza a ser considerado como el numen de América.

Pocos hombres se distinguen por una laboriosidad semejante. Sus obras exceden de trescientos títulos, y abarcan Criminología, Patología, Filosofía, Medicina, Neuropatología, Psicología, Pedagogía, Sociología, y lo que es más asombroso, no se halla, en cuanto habló o escribió, ni un solo concepto superficial.

A la robustez de su pensamiento, a la universalidad de su cultura, a su rebeldía de buena ley, hay que unir el raro mérito de la claridad y la belleza que imprime a sus escritos. Escribe con la galanura de un poeta consumado. Las cuestiones más áridas y abstrusas, tratadas por él, revístense de un encanto supremo, y se hacen diáfanas, accesibles a las inteligencias menos preparadas.

*La Universidad del Porvenir* posee todos los méritos que avaloran la obra inmensa de este pensador. No hallará el lector en este libro ni un solo concepto desaprovechable. Va al fondo de los problemas que estudia, penetrando en sus raíces más hondas, y estos problemas son de tal importancia, que ningún amante de la cultura debe dejar de estudiarlos atentamente.

**Los de abajo** (Cuadros y escenas de la revolución mejicana), por Mariano Azuela.—De cuanto llevamos leído acerca de la inacabable revolución mejicana, nada nos ha impresionado tanto como este relato de Azuela, editado por el gobierno de Veracruz.

Cruel y doloroso este libro. Nos da la sensación de la profunda inquietud de un pueblo valiente que lucha sin saber por qué ni para qué. De un pueblo supersticioso e ignorante, alma de niño, que se prodiga y da su sangre en beneficio del primer aventurero que se lo pida, siempre que este aventurero tenga bien ganado su prestigio de bravo en el sentido brutal de la majeza.

*Los de abajo* está escrito en forma narrativa llena de amenidad y color.

Demetrio Macías, la figura central a cuyo

alrededor se desarrolla toda la acción de la obra, es un retrato acabado del caudillo mejicano que empieza su carrera de bandido y concluye en general.

Una desavenencia con el cacique local le lanza al campo. Poco a poco reúne una partida que merodea, campa por sus respetos e inquieta a las tropas federales. Su nombre adquiere prestigio. En momento oportuno se une a un general victorioso que le confirma en el grado de coronel y no tarda en hacerle general.

Demetrio Macías, que antes soñaba con volver a su casa a cuidar de su ranchito, acaba por olvidarlo todo, ganado por el encanto de la lucha, de la vida áspera y brava de la serranía, de los valles y de las altiplanicies. Ingenuo como un niño y arrojado como un león, pelea y expone la piel. No le interesan los grados conquistados, ni la plata que percibe, ni lo que se pretende imponer con las armas en la mano. El no necesita nada, ni entiende de política, ni le importan las cuestiones de gobierno. Lucha por amor a la lucha misma. Se juega la vida porque el riesgo le atrae y seduce. Mande quien mande, lo que a él le importa es tener contra quién combatir.

¡Noble figura la de este guerrillero montaraz, inculto, generoso y feroz! A su sombra medran los pillos y hallan cómo satisfacer sus salvajes apetitos los vesánicos. Constituye una fuerza; pero esta fuerza impetuosa y ciega no aprovecha al esquilmado pueblo, en el cual se apoya y del cual nace, sino a media docena de logrerros que la utilizan o destruyen, según convenga a sus particulares intereses.

¿No es esto, en suma, lo que viene sucediendo con la revolución mejicana desde *in illo tempore*? El caudillismo, el continuo flujo y reflujo de esa revolución no extinguida desde hace un cuarto de siglo, no es más que eso. El pueblo mejicano, generoso y bravo, pero inculto, viene siendo juguete de una turba de aventureros. Su sangre riega los campos. Macabros racimos de ahorcados penden de los árboles como fruto de maldición y se pudren al sol. En cada desfiladero y en cada barranco se ven esqueletos y carroña. El país se empobrece y despuebla. Y todo ello no es sino la consecuencia de bastardos intereses puestos en juego por cuatro negociantes, otros tantos ge-

nerales vencidos que se presentan como redentores.

El gobierno de Veracruz realiza una labor meritísima editando estas obras. Es preciso que la verdad llegue al pueblo, que se vea claro. La revolución puesta al servicio del capitalismo es una llaga que empobrece y aniquila a Méjico. Solamente cuando la revolución se realiza para preparar el advenimiento de una era nueva, significa una etapa del progreso; mas para eso es indispensable comprenderla y desearla bien. Y únicamente puede llegarse a tal resultado iluminando la conciencia humana, haciendo luz para que distinga adónde se encamina. El pueblo mejicano posee condiciones; sólo necesita buena orientación.

Tales comentarios nos ha sugerido el bello libro de Mariano Azuela.—H. N. R.

**Estatismo y Anarquía**, por Miguel Bakunín.—Hay libros que no necesitan comentarios. Para encomiar su excelencia, basta dar el nombre del autor. En ese caso nos hallamos ante este libro de Bakunín.

Tan conocido es el nombre de este coloso, que sería ridículo nos entretuviéramos en hacer su panegírico. Su verbo de fuego, su enorme preparación, su mentalidad poderosa, el vigor de sus conceptos, la robustez de sus argumentos y la bondad de sus ideales son cualidades harto conocidas para que nosotros no pretendamos hacerlas resaltar.

Sólo nos cumple dar la noticia de la aparición de este libro y felicitar a la Editorial "La Protesta", de Buenos Aires, por el noble esfuerzo y el excelente servicio que presta a la difusión de las ideas con la edición de las obras completas de ese gigante que conmovió e inquietó al mundo con sus luchas y que se llamó Miguel Bakunín.

**La Cruz del Sur**, revista de Artes y Letras, Montevideo.—Amenidad, interés, arte de la mejor ley, tales son las características de esta publicación, cuyo núm. 24 tenemos a la vista. Se ve en seguida que en el ánimo de sus redactores no anida la idea de confeccionar una revista más, sino el propósito bien determinado de servir a la causa del Arte y la Cultura. Propósito que ha pasado a ser una feliz realidad. Reciban por ello nuestros sinceros plácemes.

**Versos de amor y de combate,**

por *Fernando Gualtieri*.—Es todo fuego, vigor y santa rebeldía este poeta. Leyéndole percibe uno la sensación de que sus versos se forjaron a martillazos.

Creemos, no obstante, que debe cuidar el estilo. La poesía tiene sus reglas a las cuales debe el poeta sujetarse sin sacrificar el fondo. Las nobles ideas de Gualtieri, expresadas con más arte, resultarían de una belleza subyugadora. Este volumen que comentamos trae esdrújulos francamente malos, y algunas de sus composiciones, mal cuidadas, martillean los oídos como el sonsonete de una charanga improvisada y mal avenida. Y el verso, si bien es emoción, es también musicalidad y ritmo.

Nada de esto diríamos si no viéramos en Gualtieri condiciones y cualidades muy estimables de poeta. Los versos titulados *El Héroe* son algo de una fuerza y de una belleza acabada y dan fe de lo que este bardo del pueblo puede hacer a poco que se lo proponga. Y es preciso se lo proponga. Nosotros, al menos, cumplimos nuestro deber indicándoselo.

**La Vida Literaria** (Suplemento de la revista *España y América*), Cádiz. — Hemos recibido los números 31 y 32 de esta publicación, muy bien redactada y orientada. Lo único que no acaba de agradarnos es que la crítica literaria no la informe un criterio más amplio. Según nuestro criterio, al crítico no debe preocuparle tanto la tesis del libro como el acierto con que esté escrito, y lamentamos que una publicación tan importante como la que nos ocupa deba sujetarse a este respecto a su tónica especial.

Aparte esto, *La Vida Literaria* es un suplemento de un mérito indudable.

**Les loups dans la ville**, por *E. Armand*.—Muy interesante esta pieza dramática de Armand, que tan bellas páginas ha escrito acerca de la Anarquía. Los lectores que sepan francés no deben dejar de saborear este libro, notable por más de un concepto.

**Archipiélago**.—Constantemente se supera esta revista con un empeño noble digno de todo encomio. El último número que hemos recibido, el 14, nos ha satisfecho plenamente. Publica trabajos de Mejía Nieto, Herminia del Portal, Carlos Montenegro y otros no menos notables.

**La Nudité et la Santé**, por *H. Nadel*.—

Este álbum, editado a todo lujo por la notabilísima revista *Vivre Integralement*, es de lo más valioso y útil que acerca de la bondad del desnudo hemos leído hasta ahora.

H. Nadel ha estudiado concienzudamente el asunto, se ha documentado bien y ha compuesto un tratado de un valor indudable. Ninguna persona debe dejar de estudiar este libro utilísimo.

**Intuición**.—Con un propósito laudable de superación esta revista va mejorando cada número. El tercero supera bastante a los anteriores y esperamos del entusiasmo de sus redactores hagan de *Intuición* una publicación inmejorable. Nada nos agradaría más.



ACABA DE APARECER

## ANISSIA

Por León Tolstoi

La histórica narración de Anissia, la campesina rusa que apura hasta las heces toda la amargura de una vida llena de sufrimientos físicos y morales, atrae al lector desde las primeras líneas, haciéndole vivir horas de intensa emoción y de angustia. Mucho tiempo después de haber cerrado esta obra, se siente vibrar todavía el alma bajo la impresión de la trágica realidad que en ella se ofrece con toda su sangrante y cruel desnudez, que hace imposible leerla sin sentirse profundamente conmovido.

Con ser mucha la fantasía del genial escritor, que en este caso sólo ha vestido con su ropaje literario, pulcro y ameno, el relato de una existencia azarosa, no hubiera podido, según él mismo afirma, superar en emoción e interés la novela palpitante, vívida de Anissia, llena de amargos sinsabores que revelan, desde el punto de vista psicológico y social, cuán absurdos y crueles eran las costumbres y los prejuicios de la vieja Rusia.

Un libro que una vez leído guardará en sus páginas el corazón del lector, pues ninguna otra novela podría tener tan poderoso atractivo, tanta penetración, tanta realidad.

De esta obra, jamás publicada en español hasta ahora, se ha hecho una reducida tirada para satisfacer las ansias de los lectores de ESTUDIOS, que vieron interrumpida, contra nuestro deseo, su publicación en las páginas de esta Revista.

**Precio, 3 pesetas.** - A corresponsales y suscriptores, el 25 por 100 de descuento.

Pídala hoy mismo, antes que se agote la edición.

SELECCIÓN LITERARIA

**La Novela Mensual de ESTUDIOS****LA RABIA****Por V. Blasco Ibáñez**

De toda la contornada acudían los vecinos de la huerta a la barraca de *Caldera*, entrando en ella con cierto encogimiento, mezcla de emoción y de miedo.

¿Cómo estaba el chico? ¿Iba mejorando?... El tío Pascual, rodeado de su mujer, sus cuñadas y hasta los más remotos parientes, congregados por la desgracia, acogía con melancólica satisfacción este interés del vecindario por la salud de su hijo. Sí; estaba mejor. En dos días no le había dado aquella "cosa" horripilante que ponía en conmoción a la barraca. Y los taciturnos labradores amigos de *Caldera*, las buenas comadres vociferantes en sus emociones, asomábanse a la puerta del cuarto, preguntando con timidez: "¿Com estás?"

El hijo único de *Caldera* estaba allí, unas veces acostado, por imposición de su madre, que no podía concebir enfermedad alguna sin la taza de caldo y la permanencia entre sábanas; otras veces sentado, con la quijada entre las manos, mirando obstinadamente al rincón más oscuro del cuarto. El padre, frunciendo sus cejas abultadas y canosas, paseábase bajo el emparrado de la puerta al quedar sólo, o a impulsos de la costumbre iba a echar un vistazo a los campos inmediatos, pero sin voluntad para encorvarse y arrancar una mala hierba de las que comenzaban a brotar en los surcos. ¡Lo que a él le importaba ahora aquella tierra, en cuyas entrañas había dejado el sudor de su cuerpo y la energía de sus músculos!... Sólo tenía aquel hijo, producto de un tardío matrimonio, y era un robusto mozo, trabajador y taciturno como él; un soldado de la tierra, que no necesitaba de mandatos y amenazas para cumplir sus deberes; pronto a despertar a media noche, cuando llegaba el turno del riego y había que dar a beber a los campos bajo la luz de las estrellas; ágil para saltar de su cama de soltero en el duro banco de la cocina, repeliendo zaleas y mantas y calzándose las alpargatas al oír la diana del gallo madrugador.

El tío Pascual no le había sonreído nunca. Era el padre al uso latino; el temible dueño de casa, que, al volver del trabajo, comía sólo, servido por la esposa, que aguardaba de pie, con una expresión sumisa. Pero esta máscara grave y dura de patrono omnipotente ocultaba una admiración sin límites hacia aquel mozo que era su mejor obra. ¡Con qué rapidez cargaba un carro! ¡Cómo sudaba las camisas al manejar la azada con un vigoroso vaivén que parecía romperle por la cintura! ¿Quién montaba como él las jacas en pelo, saltando gallardamente sobre sus flancos con sólo apoyar la punta de una alpargata en las patas traseras de la bestia?... Ni vino, ni penden- cias, ni miedo al trabajo. La buena suerte le había ayudado con un número alto al llegar la quinta, y para San Juan pensaba casarse con una muchacha de una alquería cercana, que traería con ella algunos pedazos de terreno al venir a la barraca de sus suegros. La felicidad; una continuación honrada y tranquila de las tradiciones de familia; otro *Caldera*, que, al envejecer el tío Pascual, seguiría trabajando las tierras fecundadas por los ascendientes, mientras un tropel de pequeños *Calderitas*, más numerosos cada año, jugarían en torno del rocín enganchado al arado, mirando

con cierto temor al abuelo, de ojos lagrimeantes por la ancianidad y concisas palabras, sentado al sol en la puerta de la barraca.

¡Cristo! ¡Y cómo se desvanecen las ilusiones de los hombres!... Un sábado, al volver Pascualet de casa de su novia, cerca de media noche, le había mordido un perro en una senda de la huerta; una mala bestia silenciosa que surgió de un cañar, y en el mismo instante que el mozo se agachaba para arrojarle una piedra, hizo presa en uno de sus hombros. La madre, que le aguardaba en las noches de noviazgo para abrirle la puerta, prorrumpió en gemidos al contemplar el lívido semicírculo, con la huella roja de los dientes, y anduvo por la barraca preparando cataplasmas y bebedizos.

El muchacho rió de los miedos de la pobre mujer: "¡Calle, mare, calle!" No era la primera vez que le mordía un perro. Guardaba en el cuerpo lejanas señales de su época de niño, cuando andaba por la huerta apedreando a los canes de las barracas. El viejo *Caldera* habló desde su cama sin mostrar emoción. Al día siguiente iría su hijo a casa del veterinario para que le chamuscara la carne con un hierro candente. Así lo mandaba él, y no había más que hablar. El muchacho sufrió la operación impasible, como un buen mozo de la huerta valenciana. Total, cuatro días de reposo y aun así, su valentía para el trabajo le hizo arrostrar nuevos dolores, ayudando al padre con los brazos doloridos. Los sábados, al presentarse después de puesto el sol en la alquería de su novia, le preguntaban siempre por su salud. "¿Cómo va lo del mordisco?" El encogía los hombros alegremente ante los ojos interrogantes de la muchacha, y acababan los dos por sentarse en un extremo de la cocina, permaneciendo en muda contemplación o hablando de las ropas y la cama para su matrimonio, sin osar aproximarse, erguidos y graves, dejando entre sus cuerpos el espacio necesario "para que pasase una hoz", según decía riendo el padre de la novia.

Transcurrió más de un mes. La esposa de *Caldera* era la única que no olvidaba el accidente. Seguía con ojos de ansiedad a su hijo. ¡Ay, reina soberana! La huerta parecía abandonada de Dios y de su santa madre. En la barraca del *Templat*, un niño sufría los tormentos del infierno por haberle mordido un perro rabioso. Las gentes de la huerta corrían aterradas a contemplar a la pobre criatura: un espectáculo que la infeliz madre no osaba presenciar, pensando en su hijo. ¡Si aquel Pascualet, alto y robusto como una torre, iría a tener la misma suerte del desdichado niño!...

Un amanecer, el hijo de *Caldera* no pudo levantarse de su banco de la cocina y la madre le ayudó a pasar a la gran cama matrimonial, que ocupaba una parte del *estudi*, la mejor habitación de la barraca. Tenía fiebre; se quejaba de agudos dolores en el sitio de la mordedura; extendíase por todo su cuerpo un intenso escalofrío, haciéndole rechinar los dientes y empañando sus ojos con una opacidad amarillenta. Llegó sobre la vieja yegua trotadora don José, el médico más antiguo de la huerta con sus eternos consejos de purgantes para toda clase de enfermedades y paños de agua de sal para las heridas. Al ver al enfermo torció el gesto. ¡Malo, malo! Aquello parecía cosa mayor: era asunto de los padres graves de la medicina que estaban en Valencia y sabían más que él. La mujer de *Caldera* vió a su marido enganchar el carro y obligar a Pascualet a subir en él. El muchacho, repuesto ya de su dolencia, sonreía, afirmando no sentir más que un ligero escozor. Cuando regresaron a la barraca, el padre parecía más tranquilo. Un médico de la ciudad había dado un pinchazo al chico. Era un señor muy serio, que infundía ánimo a Pascualet con buenas palabras, al mismo tiempo que le miraba fijamente, lamentando que hubiese tardado en buscarle. Durante una semana fueron los dos hombres todos los días a Valencia; pero una mañana el mozo no pudo moverse. Reapareció con más intensidad aquella crisis que hacía gemir de miedo a la pobre madre. Chocaba los dientes, lanzando un gemido que cubría de espuma las comisuras de su boca; sus ojos parecían hincharse, poniéndose amarillentos y salientes como enormes granos de uva; se incorporaba, retorciéndose a impulsos de interno martirio, y la madre se colgaba de su cuello con alaridos de terror, mientras *Caldera*, atleta silencioso, cogíale los brazos con tranquila fuerza, pugnando por mantenerle inmóvil.

—*¡Fill meu! ¡fill meu!*—lloraba la madre.

¡Ay, su hijo! Apenas si lo reconocía viéndolo así. Parecíale otro, como si sólo quedase de él

la antigua envoltura, como si en su interior se hubiese alojado un ser infernal que martirizaba esta carne surgida de sus maternas entrañas, asomándose a los ojos con lívidos fulgores.

Después llegaba la calma, el anonadamiento, y todas las mujeres del cortorno, reunidas en la cocina, deliberaban sobre la suerte del enfermo, abominando del médico de la ciudad y de sus diabólicos pinchazos. El era quien le había puesto así; antes de que el muchacho se sometiese a su curación estaba mucho mejor. ¡Bandido! ¡Y el gobierno sin castigar a estas malas personas!... No existían otros remedios que los antiguos, los "probados", los que eran producto de la experiencia de gentes que por haber vivido antes sabían mucho más. Un vecino partió en busca de cierta bruja, curandera milagrosa para mordeduras de perros y serpientes y picadas de alacranes; otro trajo a un cabrero viejo y cegato que curaba por la gracia de su boca sólo con hacer unas cruces de saliva sobre la carne enferma. Los bebedizos de hierbas de la montaña y los húmedos signos del pastor fueron interpretados como señales de inmediata curación al ver al enfermo inmóvil y silencioso por unas horas, mirando al suelo con cierto asombro, como si percibiera en su interior el avance de algo extraño que crecía y crecía, apoderándose de él. Luego, al repetirse la crisis, surgía la duda entre las mujeres, discutiendo nuevos remedios. La novia se presentaba con sus ojazos de virgen morena húmedos de lágrimas, avanzando tímidamente hasta llegar junto al enfermo. Se atrevía por primera vez a cogerle la mano, enrojeciendo bajo su tez de canela por esta audacia. "¿Cómo estás?" Y él, tan amoroso en otros tiempos, se desasía de su presión cariñosa, volviendo los ojos para no verla, queriendo ocultarse, como avergonzado de su situación. La madre lloraba. ¡Reína de los cielos! Estaba muy malo: iba a morir. ¡Si al menos pudiera saberse cuál era el perro que le había mordido, para cortarle la lengua, empleándola en un emplasto milagroso, como aconsejaban las personas de experiencia!...

Sobre la huerta parecían haberse desplomado todas las cóleras de Dios. Unos perros habían mordido a otros: ya no se sabía cuáles eran los temibles y cuáles los sanos. ¡Todos rabiosos! Los chicuelos permanecían reclinados en las barracas, espionando por la puerta entreabierta los inmensos campos con mirada de terror; las mujeres iban por los tortuosos senderos en compacto grupo, inquietas, temblorosas, acelerando el paso cuando tras los cañares de las acequias sonaba un ladrido; los hombres contemplaban con recelo a los perros domésticos, fijándose en su babear jadeante o en sus ojos tristes; y el ágil galgo compañero de caza, el gozque ladrador guardián de la vivienda, el feo mastín que marchaba atado al carro para cuidar de él durante la ausencia del dueño, eran puestos en observación o sacrificados fríamente detrás de las paredes del corral, sin emoción alguna.

"¡Ahí van! ¡ahí van!" gritaban de barraca en barraca, anunciando el paso de una tropa de canes rugientes, famélicos, con las lanas o los pelos sucios de barro, los cuales corrían sin encontrar reposo, perseguidos día y noche, con la locura del acosamiento en la mirada. La huerta parecía estremecerse, cerrando las puertas de las viviendas y erizándose de escopetas. Partían tiros de los cañares, de los altos sembrados, de las ventanas de las barracas; y cuando los vagabundos, repelidos y perseguidos por todos lados, iban en su loco galope hacia el mar, como si les atrajera el aire húmedo y salobre batido por las olas, los carabineros, acampados en la ancha faja de arena, echábanse los mausers a la cara, recibéndolos con una descarga. Retrocedían los perros, escapando entre las gentes que marchaban a sus alcances escopeta en mano, y quedaba tendido alguno de ellos al borde de una acequia. Por la noche, la rumorosa lobreguez de la vega rasgábase con lejanos fogonazos y disparos. Todo bulto movable en la oscuridad atraía una bala; los sordos aullidos en torno de las barracas eran contestados a escopetazos. Los hombres sentían miedo de su mutuo terror, y evitaban encontrarse.

Apenas cerraba la noche, quedaba la huerta sin una luz, sin una persona en sus sendas, como si la muerte se enseñorease de la lóbrega llanura, verde y sonriente a las horas de sol. Una manchita roja, una lágrima de luz temblaba en esta oscuridad. Era la barraca de *Caldera*, donde las mujeres, sentadas en el suelo en torno del candil, suspiraban despavoridas, aguardando el alarido estridente del enfermo, el castañeteo de sus dientes, las ruidosas contorsiones de su cuerpo al enroscarse, pugnando por repeler los brazos que le sujetaban.

La madre se colgaba del cuello de aquel furioso, que infundía miedo a los hombres. Apenas le reconocía: era otro, con sus ojos fuera de las órbitas, su cara lívida o negruzca, sus ondulaciones de bestia martirizada, mostrando la lengua jadeante entre borbotones de espuma, con las angustias de una sed insaciable. Pedía morir con tristes aullidos; golpeaba su cabeza en las paredes; intentaba morder; pero aun así, era su hijo y ella no sentía el miedo que los demás. Su boca amenazante deteníase junto a aquel rostro macilento mojado en lágrimas: "¡Mare! ¡mare!" La reconocía en sus cortos momentos de lucidez. No debía temerle: a ella no le mordería jamás. Y como si necesitara hacer presa en algo para saciar su rabia, clavábase los dientes en los brazos, ensañándose hasta hacer saltar la sangre.

"¡Fill meu! ¡fill meu!", gemía la mujer; y le limpiaba la mortal espuma de la boca, llevándose después el pañuelo a los ojos, sin temor al contagio. *Caldera*, en su gravedad sombría, no prestaba atención a los ojos amenazadores del enfermo, fijos en él con impulsiva acometividad. Al padre no lo respetaba; pero este enérgico varón, arrostrando la amenaza de su boca, sujetábalo en la cama cuando intentaba huir, como si necesitase pasear por el mundo el horrible dolor que devoraba sus entrañas.

Ya no surgían las crisis con largos intervalos de calma. Eran casi continuas, y el enfermo se agitaba, desgarrado y sangriento por sus mordiscos, la cara negruzca, los ojos temblones y amarillos, como una bestia monstruosa distinta en todo a la especie humana. El viejo médico ya no preguntaba por el enfermo. ¿Para qué? Todo había terminado. Las mujeres lloraban sin esperanza. La muerte era segura: sólo lamentaban las largas horas, los días, tal vez, que le quedaban al pobre Pascualet de atroz martirio.

*Caldera* no encontraba entre sus parientes y amigos hombres valerosos que le ayudasen a contener al enfermo. Todos miraban con terror la puerta del *estudi*, como si tras ella se ocultase el mayor de los peligros. Andar a escopetazos por senderos y acequias era cosa de hombres. El navajazo se podía devolver; la bala se contesta con otra; pero, ¡ay! ¡aquella boca espumeante que mataba por un mordisco!... ¡aquél mal sin remedio que enroscaba a los hombres en interminable agonía, como una lagartija partida por el azadón!...

Ya no conocía a su madre. En los últimos momentos de lucidez la había repelido con amorosa brusquedad. ¡Debía irse!... ¡Que no la vieses!... ¡Temía hacerla daño! Las amigas arrastraron a la pobre mujer fuera del *estudi*, manteniéndola sujeta, lo mismo que al hijo en un rincón de la cocina. *Caldera*, con un supremo esfuerzo de su voluntad moribunda, ató al enfermo a la cama. Temblaron sus gruesas cejas con parpadeo de lágrimas al apretar las recias vueltas de la soga sujetando al mozo sobre aquel lecho en el que había sido engendrado. Sintió lo mismo que si lo amortajase y le abriera la fosa. Se agitaba entre sus recios brazos con locas contorsiones; tuvo que hacer un gran esfuerzo para vencerlo bajo las ligaduras, que se hundían en sus carnes... ¡Haber vivido tantos años, para verse al fin obligado a este trabajo! ¡Crear una vida, y desear que se extinguiese cuanto antes, horrorizado por tanto dolor inútil!... ¡Señor Dios! ¿Por qué no acabar pronto con aquel pobrecito, ya que su muerte era inevitable?...

Cerró la puerta del *estudi*, huyendo del rugido estridente que espeluznaba a todos; pero el jadear de la rabia siguió sonando en el silencio de la barraca, coreado por los ayes de la madre y el llanto de las otras mujeres agrupadas en torno del candil, que acababa de ser encendido.

*Caldera* dió una patada en el suelo. ¡Silencio las mujeres! Pero por vez primera vióse desobedecido, y salió de la barraca huyendo de este coro de dolor.

Descendía la noche. Su mirada fué hacia la estrecha faja amarillenta que aun marcaba en el horizonte la fuga del día. Sobre su cabeza brillaban las estrellas. De las viviendas, apenas visibles, partían relinchos, ladridos y cloqueos, últimos estremecimientos de la vida animal antes de sumirse en el descanso. Aquel hombre rudo sintió una impresión de vacío en medio de la naturaleza, insensible y ciega para los dolores de sus criaturas. ¿Qué podía importarles a los puntos de luz que le miraban desde lo alto lo que él sufría en aquellos momentos?... Todas las criaturas eran iguales: lo mismo las bestias que perturbaban el silencio del crepúsculo antes de adormecerse que aquel pobrecito semejante a él, que se enroscaba atado en el más atroz de los martirios. ¡Cuántas

ilusiones en su vida!... Y de una dentellada, un animal despreciable, tratado a patadas por el hombre, acababa con todas ellas, sin que en el cielo ni en la tierra existiese remedio...

Otra vez el lejano aullido del enfermo llegó a sus oídos al través de la ventanilla abierta del *estudi*. Las ternuras de los primeros tiempos de la paternidad emergieron del fondo de su alma. Recordó las noches pasadas en claro en aquel cuarto, paseando al pequeño, que gemía con los dolores de la infancia. Ahora gemía también, pero sin esperanza, en los tormentos de un infierno anticipado, y al final... la muerte.

Hizo un gesto de miedo, llevándose las manos a la frente como si quisiera alejar una idea penosa. Después pareció dudar... ¿Por qué no?...

—*¡Pa que no pene! ¡pa que no pene!*

Entró en la barraca para volver a salir inmediatamente con su vieja escopeta de dos cañones, y corrió al ventanillo como si temiera arrepentirse, introduciendo el arma por su abertura.

Otra vez oyó el angustioso jadear, el choque de dientes, el aullido feroz, pero muy próximos, como si estuviese él junto al enfermo. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, vieron la cama en el fondo de la lóbrega habitación, el bulto que se revolvía en ella, la mancha pálida del rostro apareciendo y ocultándose en desesperadas contorsiones.

Tuvo miedo al temblor de sus manos, a la agitación de su pulso, él, hijo de la huerta, sin otra diversión que la caza, acostumbrado a abatir los pájaros casi sin mirarlos.

Los alaridos de la pobre madre le hicieron recordar otros lejanos, muy lejanos, veintidós años antes, cuando daba a luz su único hijo sobre aquella misma cama.

¡Acabar así!... Sus ojos, al mirar al cielo, lo vieron negro, intensamente negro, sin una estrella, oscurecidos por las lágrimas... “¡Señor! *¡pa que no pene! ¡pa que no pene!*” Y repitiendo estas palabras, se afirmó la escopeta en el hombro, buscando las llaves con dedo tembloroso... ¡Pam! ¡pam!

FIN



Una página maestra



## De la Filosofía

La filosofía tiene por característica no admitir ningún supuesto, sino que todo es, en cierta medida, ajeno a ella, y constituyen un problema, no sólo las relaciones de los fenómenos, sino también estos mismos y aun el principio de razón, al cual se contentan las demás ciencias con reducir todas las cosas, pero con cuya reducción nada saldríamos ganando, puesto que cada miembro de la serie es para ella tan extraño como los demás, y, por otra parte, aquel género de relación es también para ella un problema tan profundo como lo relacionado por él, y después de relacionado tan problema como antes. Pues precisamente aquello que las ciencias suponen y constituye el fundamento de sus explicaciones y su límite, es justamente el problema propio de la filosofía, que, por tanto, empieza allí donde las ciencias acaban. Las demostraciones no pueden ser su fundamento, pues éstas deducen de proposiciones conocidas otras desconocidas, y a ella todo le es igualmente desconocido y extraño. No puede haber una proposición de la cual se deduzca el mundo entero con todos sus fenómenos, por lo que no puede haber una filosofía, como quería Espinosa, demostrable, *ex firmis principiis*.

Por otra parte, la filosofía es el saber más general, cuyas proposiciones primeras no son, por consiguiente, consecuencia de otras proposiciones, ni pueden ser más generales de lo que son. El principio de contradicción lo único que hace es afirmar la concordancia de los conceptos, pero no crea conceptos. El principio de razón explica las conexiones entre los fenómenos, pero no los fenómenos mismos; por eso la filosofía no puede consistir en el descubrimiento de una *causa efficiens* o de una *causa finalis* del mundo. Por lo menos la filosofía actual no trata de investigar cuál es la causa del mundo ni su finalidad, sino solamente qué es

el mundo. El "porqué" está aquí subordinado al "qué", puesto que el principio de razón forma ya parte del mundo, ya que sólo por la forma de sus fenómenos nace y sólo por ella tiene sentido y validez. En verdad podríamos decir que, sea lo que sea el mundo, cada uno de nosotros lo conoce sin necesidad de auxilio alguno, puesto que es el sujeto del conocer, cuya representación es el mundo; y en tal sentido esto sería verdad. Pero aquel conocimiento es intuitivo, es *in concreto*, y la tarea de la filosofía es reproducirle *in abstracto*, elevar la intuición sucesiva y pasajera. y, en general, todo lo que abarca el amplio concepto de sentimiento y bajo él es designado como un saber negativo, no abstracto ni preciso, a un saber que posea estas cualidades, a un saber permanente. Por consiguiente, la filosofía debe ser una explicación *in abstracto* de la esencia del mundo entero, del todo como de las partes. Mas para no perderse en una cadena sin fin de juicios particulares, se tiene que servir de la abstracción y pensar todo lo particular en forma universal, incluso las diferencias, por lo que su tarea será en parte unir y en parte separar, para poder transmitir al saber todo lo vario del mundo, sintetizado en unos cuantos conceptos conforme a su esencia. Por aquellos conceptos en los que la filosofía condensa la esencia del mundo, debe ser reconocido, tanto lo general como lo particular, conexionándose exactamente estos dos conocimientos. Por esto la capacidad para la filosofía consiste, como decía Platón, en reconocer lo uno en lo múltiple, así como lo múltiple en lo uno.

SCHOPENHAUER

- Bessedé.** - Lo que todos deberían saber (Iniciación sexual); 2 ptas.; tela, 3'50.
- Bocaccio.** - Los cien cuentos de Bocaccio; 4 tomos; 8 ptas.; tela, 14.
- Bloch, P. J.** - La sustancia universal, 3 ptas.
- Bolsche.** - Los continentes y los mares, 3 ptas.
- Buen, O. de.** - Las ciencias naturales en la época moderna; 5 tomos en tela, 17'50 ptas. - Nociones de Geografía física; tela, 3'50 ptas.
- Casadesús.** - ¿Quiere usted hablar y traducir inglés?, 4 ptas.; tela, 5.
- Cámara, E.** - Historia sintética de España y América española hasta su emancipación; 7 ptas.; tela, 10.
- Campoamor.** - Poesías escogidas; tela, 5 ptas. - Los pequeños poemas; 3 ptas.; tela, 4'50. - Doloras y Humoradas; 3 pesetas; tela, 4'50. - Poemas; 3 ptas.; tela, 4'50. - Poesías y Cantares; 3 ptas.; tela, 4'50.
- Cervantes.** - Don Quijote de la Mancha. (Edición monumental, en dos grandes volúmenes con láminas. En tela y planchas doradas, 50 pesetas.) - Don Quijote de la Mancha. (Edición Excelsior, con 745 grabados. En tela y planchas doradas, 20 pesetas.)
- Casañ, V. S.** - Conocimientos para la vida privada. Primera serie: La prostitución. - Secretos del lecho conyugal. - La virginidad. - Onanismo conyugal. - Los vicios solitarios. - La pederastía. - Fenómenos sexuales. - El matrimonio y el adulterio. - El amor lesbio. - Costumbres y vicios sexuales. Segunda serie: El embarazo. - El parto. - El aborto. - La esterilidad. - La impotencia. - Higiene del matrimonio. - La calipedia. - Monstruosidades humanas. - Enfermedades secretas. - Enfermedades de las mujeres. Cada título, 0'75. Los veinte títulos, encuadernados en cuatro tomos, en tela, 25 pesetas.
- Chatre, M.** - Historia de los Papas y de los Reyes. Cinco grandes tomos, ilustrados con láminas en colores, en tela, 75 pesetas.
- Ciervo, J.** - El arte y el vivir de Fortuny. (Biografía y estudio artístico, con 108 ilustraciones.) Tela, 15, ptas.
- Chardon.** - Floreal, 1'50 ptas
- Cruevilher.** - Higiene popular; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Cantú, C.** - Historia Universal. Consta de 43 tomos, ilustrados con multitud de láminas y mapas en colores. Edición de lujo, 190 pesetas. Por tomos sueltos, 4'50 cada tomo, Edición corriente, en tela, 105 ptas. Por tomos sueltos, 3'50 cada tomo.
- Castelnuovo.** - Entre los muertos, 2'50 ptas.
- Dante.** - La Divina Comedia. (Con 79 láminas.) 7 pesetas; tela, 10.
- Darío, Rubén.** - Los raros. (Biografías de hombres célebres.) 3 ptas.; tela, 4'50. - La vida de Rubén Darío. (Escrita por él mismo.) 3 ptas.; tela, 4'50. - Cantos de vida y esperanza; 3 ptas.; tela, 4'50.
- Darwin.** - Origen de las especies; 3 tomos; tela, 10'50 ptas. - La expresión de las emociones; 2 tomos; tela, 7 ptas. - Mi viaje alrededor del mundo; 2 tomos; tela, 7 ptas.
- Delaisi.** - El petróleo. (La plutocracia yanki.) 4 ptas.
- Delclós.** - El contador universal, 1 pta.
- Dunois.** - El secretario universal; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Debay.** - Venus fecunda y calipédica, 3 ptas.
- Edmund.** - El catecismo de la ciencia, 1'50.
- Enguerrand.** - Las razas humanas; 3 ptas.; tela, 4'50. - Nociones de las primeras edades de la humanidad; tela, 3 ptas.
- Estévez.** - Resumen de Historia de España; tela, 3 ptas.
- Espronceda.** - Obras poéticas; 3 ptas.; tela, 4'50.
- Eulate, C.** - La mujer en el arte; 6 ptas. - La mujer en la Historia; 6 ptas. - La mujer moderna; 6 ptas.; tela, 9.
- Fischer, A.** - La mujer médico del hogar. (Ilustrada con 448 grabados y 28 láminas en colores.) En tela, 50 ptas.
- Ferrer, F.** - La Escuela Moderna; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Fola Igúrbide.** - Leyes del Universo; 4 tomos, 16 pesetas; tela, 24.
- Goethe.** - Fausto; tela, 5 ptas.
- Grave, J.** - Las aventuras de Nono; 2 ptas.; tela, 3'50. - Tierra Libre; 2 ptas.
- Gourmont.** - Física del amor; 3 ptas.; tela, 4'50.
- Helne, E.** - El libro de las cantares; tela, 5 ptas.
- Hugo, Víctor.** - Dramas. Tomo I: Hernani. - El rey se divierte. - Los burgraves. Tela, 5 ptas. Tomo II: Lucrecia Borgia. - María Tudor. - La esmeralda. - Ruy Blas. Tela, 5 ptas.
- J. Hire.** - El infierno del soldado, 1'50 ptas.
- Homero.** La Iliada; 2 tomos; tela, 7 ptas. - La Odisea; 2 tomos; tela 7 ptas.
- Istrati, C.** - Curso metódico de Química y Mineralogía. (Con 234 grabados.) 15 ptas.; tela, 20.
- Jaquinet.** - Compendio de Historia Universal; 3 tomos, 6 ptas.; tela, 10'50.
- Koheer.** - La calvicie. (Cómo se evita y cómo se cura.) 4 pesetas.
- Khune.** - La nueva ciencia de curar; tela, 15 ptas. - La expresión del rostro; tela, 20 ptas.
- Kropotkine.** - La Gran Revolución. (Con 653 ilustraciones.) Tela, 25 ptas.
- Lamartine.** - La Revolución Francesa; 3 tomos, 9 pesetas; tela, 12.
- Lara M.** - Primeros socorros que deben prestarse en toda clase de accidentes; 2 ptas.
- Leopold.** - Manual de Obstetricia. (Ilustrada.) Tela, 12 ptas.
- Leghan.** - Química biológica; 8 ptas.
- Letorneau.** - Psicología étnica; 4 tomos; tela, 12 ptas.
- Lluria, E.** - Evolución superorgánica; 2 ptas.
- Manaut, P.** - Higiene de la mujer; 2 ptas.
- Marestán.** - La educación sexual; 3'50 ptas.
- Malvert.** - Origen del Cristianismo; 2 ptas.
- Malato.** - Primer Manuscrito; tela, 3 ptas.
- Meyer.** - Léame usted y sabrá francés; 1 pta.; tela, 2 ptas.
- Mantegazza.** - Higiene del amor; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7. - Fisiología del placer; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7. - Los amores de los hombres; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7.
- Monlau, F.** - Higiene del matrimonio. (Ilustrada.) Tela, 7 pesetas.
- Martínez.** - Botiquín escolar; 0'75.
- Mas Tayeda.** - La revolución numérica; 15 ptas.
- Marcilla.** - El amor en verso; 1 pta. - Oratoria en verso. 1 pta.
- Méndez, N.** - José Martí. (Su vida y su obra.) 4 ptas.
- Milton, J.** - El paraíso perdido. (Con láminas.) 7 ptas.; tela, 10.
- Montilla.** - Historia Universal para niños, 1'50 ptas.
- Nergal.** - Evolución de los mundos; tela, 3 ptas.
- Nin y Tudó.** - Para la mujer; 2 ptas.
- O'Neill.** - La voz humana. (Con láminas.) 6 ptas.; tela, 9.
- Orts, R.** - Novísimo secretario universal; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Palasí, F.** - Compendio de Gramática castellana; 2 ptas.
- Pargame.** - El origen de la vida; tela, 3'50 ptas.
- Petit, M.** - El niño y el adolescente; tela, 3'50 ptas.
- Polacco, R.** - Lo que deben saber todas las mujeres; 3 ptas.
- Reclus, E.** - El hombre y la tierra. (Historia social del mundo, desde sus orígenes hasta la edad contemporánea.) Obra monumental; 6 grandes tomos, con 1.786 ilustraciones; en tela y planchas doradas, 180 pesetas la obra completa. Por cuadernos, a 0'75 cada uno. Consta de 166 cuadernos. Se envía también por tomos sueltos, a 30 pesetas cada tomo.
- Rubén, L. V.** - Evolución de los seres vivientes; tela, 3 ptas.
- Ruíz, L.** - Clave matrimonial; 3 ptas.
- Samaniego.** - Los animales hablan; 1'50 ptas.
- Sauerwein.** - Historia de la Tierra; tela, 3 ptas.
- Shakespeare.** - Dramas. Tomo I: El mercader de Venecia. - Macbeth. - Romeo y Julieta. - Otel. Tela, 5 ptas. Tomo II: Sueño de una noche de verano. - Medida por medida. - Coriolano. - Cuento de invierno. Tela, 5 ptas. Tomo III: Hamlet. - El rey Lehar. - Cimbeline. Tela, 5 ptas. Tomo IV: Julio César. - Como gustéis. - Comedia de equivocaciones. - Las alegres comadres. Tela, 5 ptas.
- Schiller.** - Dramas. Tomo I: Guillermo Tell. - María Stuardo. - Doncella de Orleans. Tela, 5 ptas. Tomo II: Don Carlos. - La conjuración de Fiesco. - Cábales de amor. Tela, 5 ptas. - Tomo III: La novia de Mesina. - Vallestain. Tela, 5 ptas.
- Sánchez R., J.** - La Aritmética del obrero, 1'50 ptas. - El abogado del obrero. (Agotado.) - La Gramática del Obrero, dos pesetas.
- Santano.** - No cometa más faltas de Ortografía, 3'50 ptas.
- Subirana.** - Ortografía castellana; tela, 3'50.
- Springer.** - El médico del hogar. (Obra importantísima, con 936 grabados, 56 láminas y dos modelos anatómicos desmontables.) En tela, 45 pesetas.
- Toulouse.** - Cómo se forma una inteligencia; 2 pesetas; tela, 3'50.
- Urales.** - Sembrando flores; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Vander.** - Nuevo sistema de curación natural. (Obra importantísima y de alto valor científico, ilustrada con multitud de grabados y láminas en color.) Tela, 25 ptas.
- Varios.** - La verdadera ciencia de curar. (Sin drogas ni operaciones. Sistema Khune. Adaptado a las características de la raza latina. Obra de gran interés y de gran utilidad.) Tela, 20 pesetas.
- Vanuel, A.** - La cultura alemana contra la civilización; 1'50 ptas.; tela, 3.
- Varios.** - Enciclopedia del amor. (Ilustrada.) 4 ptas.; tela, 6.
- Wagner, R.** - Dramas musicales. Tomo I: Rienzi. - El buque fantasma. - Lohengrin. - Tristán e Isolda. - Los maestros cantores. Tela, 5 ptas. Tomo II: Tanhauser. - El anillo de Nibelungo. - El oro del Rhin. - La Walkyria. - Sigfrido. - El crepúsculo de los dioses. - Parsifal. Tela, 5 pesetas.
- Wood, M.** - Lo que debe saber toda joven; 1'50 ptas.; cartóné, 2'50.
- X. X. X.** - Cartilla filológica española; 1'50.
- X. X. X.** - Gramática de esperanto; 1'50; tela, 2'50. - ¿Quiere usted hablar esperanto; 0'75. - Ejercicios de lectura francesa; 1 pta.; tela, 2. - ¿Quiere usted saber francés en diez días?, 0'75. - ¿Quiere usted saber inglés en diez días?, 0'75. - ¿Quiere usted saber alemán en diez días?, 0'75. - ¿Quiere usted saber italiano en diez días?, 0'75.
- Manual completo de cocina; rústica, 5 ptas.; tela, 6.
- Zaborowski.** - El hombre prehistórico; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Zimmerman.** - Historia Natural. (La más completa y moderna. Consta de 24 tomos, ilustrados con grabados y láminas en colores. Edición de lujo, 105 pesetas. Por tomos, 4'50 pesetas cada tomo. Edición corriente, en tela, 80 pesetas. Por tomos, 3'50 pesetas cada tomo.



Amenidad. - Interés. - Educación sexual. - Arte. - Conocimientos útiles para la vida privada. - Ética moral y científica. - Colaboración selecta de las más prestigiosas firmas de la intelectualidad mundial.

Precio, UNA peseta.—Pídalos hoy mismo a ESTUDIOS, Apartado 158.—Valencia.



## Consultorio Médico de ESTUDIOS

### DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

#### Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

### Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Hidroterapia, Cromoterapia, Fototerapia, Electricidad, Sol artificial, Rayos X, Diatermia, etcétera.

Consultas por correspondencia, rigurosamente reservadas. Pídase cuestionario. Personalmente consultas todos los días laborables de 9 a 12.

A los lectores que presenten el cupón adjunto, descuentos fijos de 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas, y de un 25 por 100 en los tratamientos en la clínica, exploración con los Rayos X, etc., etc.

### DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

**Precios de consulta:** Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

### Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

### J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídate "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

## ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 75. — Noviembre 1929

*Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.*